

G. MARTINEZ SIERRA

OBRAS COMPLETAS

**LA FERIA
DE NEUILLY**



ESTRELLA

000

0000

50100
E



NO SE PRESTA

LECTURA EN

SALA

OBRAS DE G. MARTINEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS. FLORES DE ESCARCHA.— <i>Segunda edición</i>	3,50
SOL DE LA TARDE.—Novelas.— <i>Tercera edición</i>	3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA.—Poesías.— <i>Segunda edición</i>	3,50
LA VIDA INQUIETA.—Glosario espiritual.— <i>Segunda edición</i>	3,50
LA HUMILDE VERDAD.—Novela.— <i>Tercera edición</i>	3,00
EL DIABLO SE RÍE.—Novelas.— <i>Segunda edición</i>	3,50
TEATRO DE ENSUEÑO.— <i>Cuarta edición</i>	3,50
LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HECHIZO DE AMOR.— <i>Segunda edición</i>	3,50
MADAME PEPITA.....	3,50
LOS PASTORES. JUVENTUD, DIVINO TESORO. SÓLO PARA MUJERES.....	3,50
LA MUJER DEL HÉROE. LA TIRANA.— <i>Segunda edición</i>	3,50
LA PASIÓN. LOS ROMÁNTICOS.....	3,50
EL REINO DE DIOS.....	3,50
NAVIDAD.....	3,50
PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.....	3,00

EDICION DE OBRAS COMPLETAS

TÚ ERES LA PAZ.—Novela.— <i>Quinta edición</i>	4,50
CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA.— <i>Tercera edición</i> ..	4,50
ABRIL MELANCÓLICO.—Novelas.— <i>Segunda edición</i> ..	4,50
FEMINISMO, FEMINIDAD, ESPAÑOLISMO.— <i>Segunda edición</i>	4,50
GRANADA. Guía emocional.— <i>Segunda edición</i>	4,50
MOTIVOS.— <i>Segunda edición</i>	4,50
LA FERIA DE NEULLY.—Ilustraciones de Barradas.— <i>Segunda edición</i>	4,50
EL PEREGRINO ILUSIONADO.—Ilustraciones de Laura Albéniz.— <i>Segunda edición</i>	4,50
ALDEA ILUSORIA.—Ilustraciones de Laura Albéniz.— <i>Segunda edición</i>	4,50
CANCIÓN DE CUNA. PRIMAVERA EN OTOÑO. LIRIO ENTRE ESPINAS.— <i>Sexta edición</i>	4,50
MAMÁ. MADRIGAL. EL POBRECITO JUAN.— <i>Tercera edición</i>	4,50
AMANECER. LAS GOLONDRINAS. EL IDEAL.— <i>Tercera edición</i>	4,50

G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS

LA FERIA
DE NEUILLY

ILUSTRACIONES DE
BARRADAS



MADRID
MCMXX

12.192.261

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY G. MARTÍNEZ SIERRA, 1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

A SANTIAGO RUSIÑOL

A SANTIAGO RUSINOL

A SANTIAGO RUSIÑOL

TODA la alegría de París está en su noche, y también gran parte de su melancolía, ya que el placer — ha dicho nuestro gran poeta — es su inevitable engendrador. Poco hay que decir del sol de París, aun cuando cae sobre tantos jardines bien compuestos, porque su luz es demasiado discreta para suscitar profundas emociones en un corazón meridional. Ni deslumbramientos de los que puedan evocar memorias, ni hondas penumbras de las que puedan levantar nostalgias; media luz, medio ambiente, algo que funde todas las sensaciones en el color del cielo, que casi no es azul y que sin embargo no llega todavía a ser gris. Pero la noche sí que es honda y sí que es luminosa: toda la sombra de la naturaleza, toda la lumi-

nosidad del artificio, todo el silencio fatal de la noche en todos los lugares del mundo, y todo el ruido: rumor, risa, canción, música de organillo, choque de plata contra cristal, de cristal contra mármol, de oro y de besos. En resumen: locura. Es verano. La luna sueña, las noches en que así le corresponde, sobre el agua del río, sobre las torres de Nôtre Dame, sobre los árboles del Bosque y de las avenidas, acaso, tan empedernidamente poeta es la gran bruja, sobre el enrejado antiestético de la Torre Eiffel. Y cierto que la ayudan a soñar no pocos soñadores; pero muchos la olvidan, sobre todo estas noches, por correr a la Feria. La Feria, que es todo el alboroto: las barracas, los monstruos, las figuras de cera, las fieras, los payasos, las flores de papel. La Feria, que es todo el movimiento: los columpios, los caballitos de madera, las montañas rusas. La Feria, que es toda la detonación: el pim-pam-pum, el tiro de fusil, el de revolver, el de carabina. La Feria, que es todo el color: faroles azules, rojos, amarillos; mujeres rubias, morenas, negras; faldas blancas, azules, violetas; labios rojos; ojos de todo

L A F E R I A D E N E U I L L Y

color. La Feria va pasando de barrio en barrio y la locura la va siguiendo.

En Neuilly la alcanzamos; yo, que la ignoraba, guiado por usted, que la ama tan de antiguo y que gusta de hacerla amar; usted me descubrió su alegría; entre los dos gustamos su melancolía; extasiámonos juntos ante la elocuencia del payaso y ante la agilidad de la danzante; la Muerte y el verdugo nos dieron con la misma contorsión el regocijo de su gracia macabra. En toda verdad, ya que la emoción fué de usted y mía, yo no sé si este libro es mío o es de usted; como yo, por azar, he puesto en letra las palabras que a nuestro paso por la Feria se fueron formando en el aire bajo el artesonado de luz de los cien mil faroles, hoy se le envió a usted. Acepte usted, aceptándole, amigo mío y amador de la inmortal locura del payaso y del inacabable vagar de la carreta, la entrañable complicidad funambulesca.

París, Junio 1906.

LA FERIA DE NEUILLY

LA FERIA DE NEUILLY

LA FERIA DE BREVES

LA FERIA DE NEUILLY

VIVA la noche! ¡Viva la feria! ¡Y Su Gracia el Payaso cuando loca y tradicionalmente se desgañita sobre las tablas del leproso escenario que apenas le quiere sostener! ¡Viva la noche! Estas fiestas de noche son una rutilante fantasmagoría.

—¿Por qué aquellos faroles son rojos? Yo los quisiera azules, azules, azules, bajo el azul del cielo, porque así deben ser todas las rimas, azul sobre azul. ¡Y son rojos! Pero miradlos bien: en su carmín hay como un dejo violeta; sí, han sido azules como pupilas, y se han enrojecido a fuerza de llorar.

—Alma loca, voz necia, ¿de llorar dices? ¿No sabes que la Feria es la fiesta del gozo y de la risa?

—Lo sé, lo sé.

—¿No oyes los organillos cómo cantan con la voz más chillona?

—Melancólica voz.

—¿No ves rodar con todo vértigo, con todo ruido, con toda locura, los caballitos desenfrenados? ¡Música! ¡Música! ¡Ja, ja, ja, ja!

—Pobres caballitos, pobres caballitos, que quieren estar locos, y están presos; que quieren ser de vértigo, y apenas son de palo; que quisieran volar en el galope, y están atravesados por el hierro, como mariposas de colección sabia; que corren, corren, corren sin mover las patas, y sin que el viento les mueva las crines.

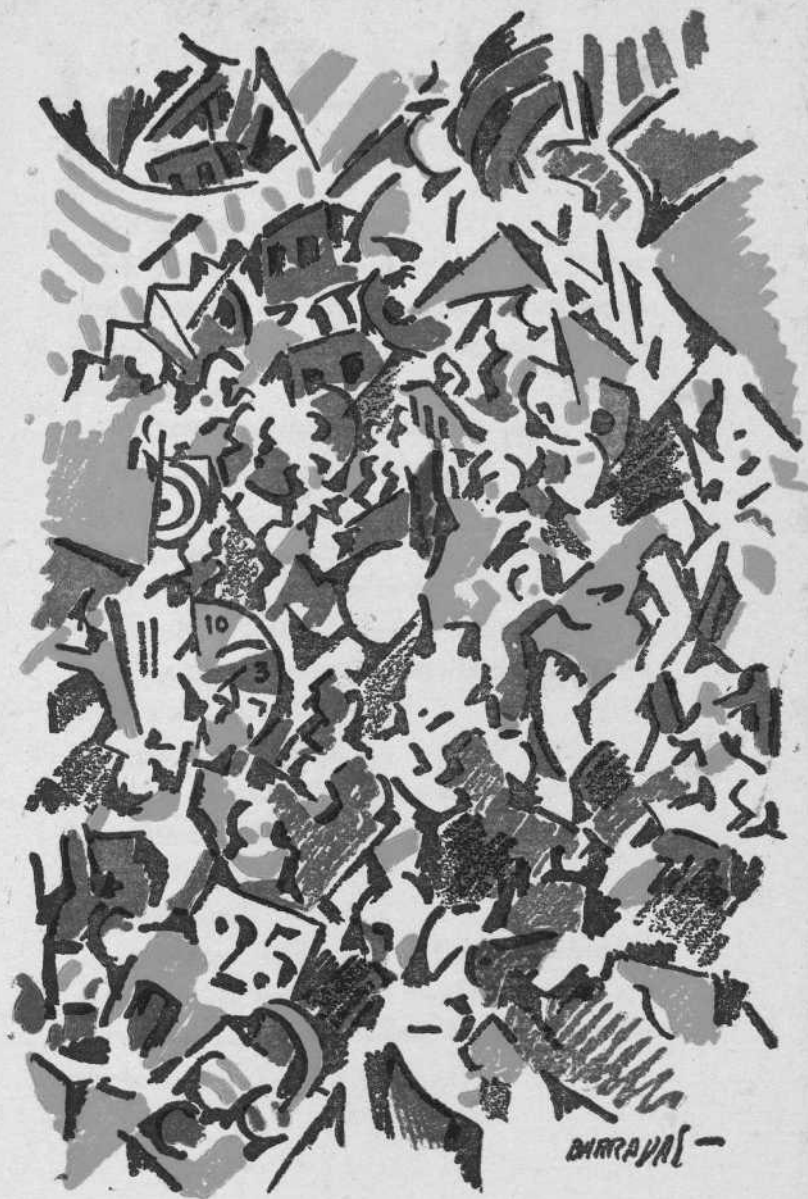
—¡Las crines! ¿No las ves, desdichado, ondulantes, pomposas, agitadas?

—E inmóviles, como frondas de cuadro malo que el pintor ha querido mover, pero que no ha sabido inquietar.

—¡Inquietar! ¿Quién le pide inquietud al movimiento? Esta es la Feria: movimiento y quietud, ruido y quietud, vértigo y quietud... es decir, alegría.

—¡Oh! ¡Oh!

—Es decir, alegría; de la vieja alegría, de la



PICASSO -



L A F E R I A D E N E U I L L Y

sana alegría, en que los ojos miran, los labios gritan, la boca besa, las palabras estallan, todo el cuerpo se ríe.

—Y toda el alma duerme.

—Dejémosla dormir. ¿Por qué no? Hartas amarguras nos tiene ya causadas con su vigilia sempiterna. Duérmete, niña; duérmete, niña... y déjanos reír.

—Afortunadamente ha salido la luna.

—Afortunadamente sube una nube gris del río.

—La luz la desgarrá.

—El polvo de la feria la zurce.

—Vuelve a brillar la luz de iris y nácar.

—Una idea. ¿Por qué no enviar en un suspiro el alma a la luna?

—¡Hechol

—Una mancha en el rostro de Pierrot.

—Una centella más en la luz.

—¡Ah!

—¿Suspiras?

—Descanso. Gran cosa es mandar el alma a paseo. ¿No sientes como si en el cerebro bullese toda la espuma de una buena botella de champagne?

—Cierto.

—Y como si gritase una voz...

—¿Viva la vida?

—¡Viva la ferial!

—¡La ferial! Faroles, puñales, carreras, músicas que cuando hace un siglo sonaron por primera vez fueron casi románticas.

—Ahora son sencillamente alegres.

—Sobre los caballitos...

—¡Cocottes!

—¡Walkirias!

—Y soldados: el pobre soldado de París con su cara de bobo.

—Y estudiantes.

—Y niñas pálidas.

—Que gritan.

—Que cantan.

—Que besan.

—¡Pim-pam! La carabina que tira a la bola que baila en la fuente.

—¡Pobre fuente! ¿No es casi una blasfemia que todas las perlas de un surtidor suban y bajen y se desgranen y digan su clarísima canción sólo para sostener una bola roja, delicia de un burgués que la quiere cazar a tiros de carabina?

—Reflexiones, no.

—¿Entonces?

—Carcajadas.

—¡Oh, carcajadas! ¿A ti te hacen reír los payasos?

—¿Por qué no?

—Porque... ¡Cielos, un antro!

—Nadina la bruja.

—Consultémosla. Hace tiempo me inquieta mi destino. ¿Tendrá mi dicha por venir ojos negros, o cabello rubio, o boca halagadora? ¿Suena mi suerte a oro? ¿huele a sangre? ¿Pasa en el aire de los años que han de encanecer mi cabeza ruido de viento sobre laureles? Nadina, responde.

—Nadina, señor mío, no sabe adivinar más misterios que el color de la paja de vuestro sombrero y el de las monedas de vuestro bolsillo. ¿Oro, cobre, plata? Nadina, responde. Cobre, señor. ¿Es la verdad?

—La verdad. ¡Oh, deleznable bruja! ¿Para qué necesita la verdad el corazón abrumado de verdades? Aprende a mentir, bruja; a mentir bellamente, remotamente; prométeme... para cuando las olas suban a las cumbres, júrame, como

Alá en el Corán, por el higo y la oliva, promete, jura montes y cascadas de ilusión, de riqueza, de besos, de versos, de laurel, de diamante...

—Señor, dice Nadina que el sombrero del señor es de fieltro.

—¡Huyamos!

—Las más grandes catástrofes del mundo.

—¡Huyamos!

—Las minas de Courrieres, el terremoto de San Francisco, el matrimonio del rey de España.

—¡Huyamos!

—Es extraño: en Madrid y a fin de Mayo, la bomba estalla sobre un hermoso paisaje de nieve.

—El caso es que haya víctimas. Veinte mil, treinta mil...

—¡Huyamos! Huele a sangre.

—Es que estamos junto a la barraca de Corta-Cabezas.

—¡Respetable público: la decapitación de un hombre vivo a golpe de hacha: completamente auténtico: no confundir con el antiguo y desacreditado *truc* de la guillotina!

—¡Huyamos!

—La ejecución comienza en este instante.

—¡Huyamos!

L A F E R I A D E N E U I L L Y

—Entremos. Paso franco, verdugo.

—¡Cómo paso franco! A franco la entrada.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¿Quieren ustedes que muera un hombre gratis con lo cara que se ha puesto la vida?

—Cierto.

—La víctima tiene derecho...

—A todo, a todo... Linda ostiaria: rubia como los trigos, con labios de amapola, con ojos de borraja: todo un mediodía de Agosto. ¡Salve, niña!

—Cuidado, señores: hay un escalón.

EL ANTRO DE CORTA-CABEZAS

Hacia el año 1880 se descubrió en el cerro de Corta-Cabezas un antro que contenía una gran cantidad de objetos de bronce y hierro.

EL ANTRO DE CORTA-CABEZAS

Este antro se encuentra en el cerro de Corta-Cabezas, en el término municipal de Corta-Cabezas, provincia de Salamanca. Fue descubierto en el año 1880 por el Sr. D. Juan de Salazar y Castro, quien lo comunicó al Sr. D. Juan de Salazar y Castro, quien lo comunicó al Sr. D. Juan de Salazar y Castro.

El antro contenía una gran cantidad de objetos de bronce y hierro, entre los que se encontraron: espadas, dardos, flechas, etc.

EL MUNDO DE CORTA-CABEZAS

EL ANTRO DE CORTA-CABEZAS

HUELE a fiebre. La barraca es pequeña y está obscura. Hay en el fondo un tablado siniestro sobre las tablas, paja de establo manchada de sangre. Tal hiede el aire, que casi ahoga. La concurrencia tose y agita los pañuelos; entonces ráfagas de perfumes diversos revolotean en la hedionda atmósfera; pero, naturalmente, se les manchan las alas, y aquellas remembranzas de violeta fresca, de heliotropo, de heno recién cortado—¡ay, las suaves praderas de Asturias! ¡ay, los prados de Flandes, los aterciopelados *grounds* de Inglaterra!—pierden toda su juventud de flor, y se enrancian de pronto como si saliesen de una alcoba de enfermo.

—¡Tan, tan, tan!—Tres golpes de principio de tragedia o de cuento de miedo. En la penum-

bra, los ojos aguzados llegan a descubrir un tajo, un hacha apoyada en el tajo, un tonel, lleno al parecer de arena, para recibir la cabeza cortada. De no sé qué rincón sale un suspiro, que apenas se levanta en el aire, cae pesadamente como un pájaro muerto.—¡Tan, tan, tan!—Aparece el verdugo; va vestido de rojo; es forzado y tiene el pelo obscuro y el mirar rufianesco; hace una reverencia de actor. Sale la niña rubia que estaba a la puerta; el tan florido rostro se encanalla en el ambiente horrible; se adelanta y pronuncia en *argot* un discurso ensalzando los méritos y dificultades del *tour de main*. ¡Atención! Aparece la víctima. ¡La víctima! Ya sabemos que el alma se ha ido a la luna; pero en el techo de la barraca hay una cortadura, y por ella penetra una pomposa rama de castaño. En ella están todo el misterio y todos los rumores de la noche, y en el apenas estremecimiento de las hojas se adivina que fuera, sobre las ramas altas de la misma copa, está cayendo la luz de la luna. Por esto, al escuchar que se acerca la víctima, una ficción de voz que sin duda ha caído de lo alto de la noche sobre la rama, dice nombres de Historia, de hermosas, dolorosas y ro-

mánticas víctimas: de María Estuardo, la muy amada; de Jane Gray, la reina segada en flor; de Ana Bolena, la cortesana trágica... Rumor de hojas ¡bah! Voz que caes de la noche, mentira que mece y que arrulla... La verdad no es ni rubia, ni regia, ni florida. La víctima es una especie de gigante vestido de abyección, cubierto de harapos de raso y velludo, que imitan malamente calzas y jubón medioevales; trae las manos atadas a la espalda; viene conducido por dos ridículos sayones; forcejea en comedia de angustia; pero tan sainete se le antoja la farsa, que a media contracción dolorida se ríe; al verdugo también le vienen ganas de reír... mientras el pobre espectador casi llora de náusea. Ya está la víctima atada al tajo.—¡Respetable público: si alguna dama o caballero desea subir al tablado para convencerse de la absoluta humanidad de la víctima, puede hacerlo. ¡Suban, señores, suban!—Acude al llamamiento una griseta, medio risueña, medio medrosa; se acerca al tajo, resbalando sobre la paja.—Toque usted, toque usted.—Lanzando gritos levemente histéricos, toca la pelambre del jayán.—¿Es un hombre?—¡Es un hombre!—Respetable público:

allá va la tragedia. — Una, dos... brilla en la sombra el hacha. Puedo jurar que todo el público cierra los ojos al verla caer. Cuando una milésima de segundo más tarde la curiosidad se los hace abrir, ya el golpe ha consumado el hecho tremendo; por lo menos la víctima decapitada desangra al pie del tajo un pescuezo horrible. La mujer ya se ha precipitado sobre la cabeza, y envuelta en paños la deposita sobre el barril lleno de arena.—Se acabó la función. Salgan, señores... y al salir toquen la cabeza cortada; cabeza humana, sí, señoras mías; aun está caliente; pueden tocar si gustan.—Un incomprendible y primitivo incrédulo—siempre los hay, hasta frente a la muerte—se acerca al despezante despojo. Ciertamente es humana la cabeza, ciertamente el calor de la vida aun no la ha abandonado; las manos de la niña rubia parecen sostenerla sobre la arena; el incrédulo da un tirón formidable a las greñas del malaventurado. ¿Cuántos minutos—según doctores—persiste la sensibilidad en las cabezas segadas por el hacha? Más de cinco han pasado desde que se consumó la tragedia; pero al tirón sañudo la cabeza suspira levemente y los ojos se

L A F É R I A D E N E U I L L Y

abren relampagueantes. El incrédulo ríe; la niña rubia, indignada, le insulta. Tumulto, salida, toque de campana... —Respetable público: la verdadera decapitación por hacha; no confundir con el antiguo y desacreditado *truc* de la guillotina. Pasen, señores, pasen: la ejecución comienza en este instante.—Sale el verdugo...

U^oF!

—¿Dónde vas, desdichado?

—No sé... déjame... corro... huyo.

—¿De la muerte?

—De la parodia de la muerte. ¡Oh humanidad! ¿A tal decadencia has llegado que se puedan atrever juglares a presentarte como diversión la mofa de las más grandes ideas, de los misterios más tremendos? ¡Oh muerte, hermosa, amada; tú, la noble; tú, la soberana; tú, la tragedia inacabable y honda; tú, la región incomprendida de la cual ningún viajero retorna; tú, emperatriz de horror; tú, madre implacable; tú, esgrimidora de la guadaña inmortal, consientes en servir de pregón de feria, de atracción de barraca, en ser infiel, tú, la fidelísima, a la belleza, tu inseparable.

—Larga es en demasía la lamentación.

—Porque la profanación es tremendamente inusitada.

—¿Inusitada dices? En todos los tiempos ha sido el espectáculo de la muerte reconfortante diversión para los vivos. Piensa en las multitudes rodeando la horca, piensa en pueblos enteros arrastrando por calles y plazas al favorito caído, y aullando de voluptuosidad; piensa en la heroica plebe romana inundando el Circo; piensa en el gran Nerón soltando a los postres sobre sus convidados tigres y panteras.

—Allí al menos las víctimas morían.

—Por fuerza.

—Pero morían, digo.

—Da gracias a Moloch de que la humanidad haya progresado en dulzura hasta el punto de contentarse con la parodia del morir para satisfacer su sed de emociones sangrientas... mucho más no habiendo tú nacido emperador ni plebe.

—¡Ay de mí!

—¿Suspiras?

—No sé por qué.

—Yo sí. Ese suspiro es sencillamente un desahogo de voluptuosidad.



ZA PRADAJ -



L A F E R I A D E N E U I L L Y

—¿Eh?

—De bienestar, si quieres; el que todo ser medianamente organizado para la vida experimenta al sentirse vivir, después de haber mirado de cerca a la muerte... aunque sea en farsa. ¿No sientes una ligereza extraña en el corazón? ¿No te parece el aire más suave, el cielo más claro, la feria más alegre, las mujeres que pasan más bonitas? ¿No te inunda el cerebro una impetuosa necesidad de amar, de cantar, de hacer ruido, de dar vueltas, de demostrarte a ti mismo que vives?

—Cierto.

—Pues siendo así... ¡viva el verdugol... y subamos a los caballitos.

LOS CABALLITOS

LOS CABALLITOS

LOS CABALLITOS

QUE corren en rueda como la Fortuna; que galopan al son de la música, como la ilusión; que son blancos, rosas, azules, de colores y formas inverosímiles, como los deseos; que aunque corren de noche, van a la sombra de un dosel oriental; que se mueven presos entre columnas salomónicas niqueladas, argentadas, doradas, que al girar fingen chorros de fuentes—tales aguas mentidas para apagar la sed de las fauces de palo;—que se encabritaron en la fantasía de quien los talló, y encabritados van de feria en feria, por los siglos de los siglos, como vidas cristalizadas en un perpetuo gesto de rebeldía, que de recién nacido fué arrogante, de joven bello, y de viejo se ha tornado en ridículo.—¿Por qué sólo lo joven ha de tener derecho a ser rebelde?—Caba-

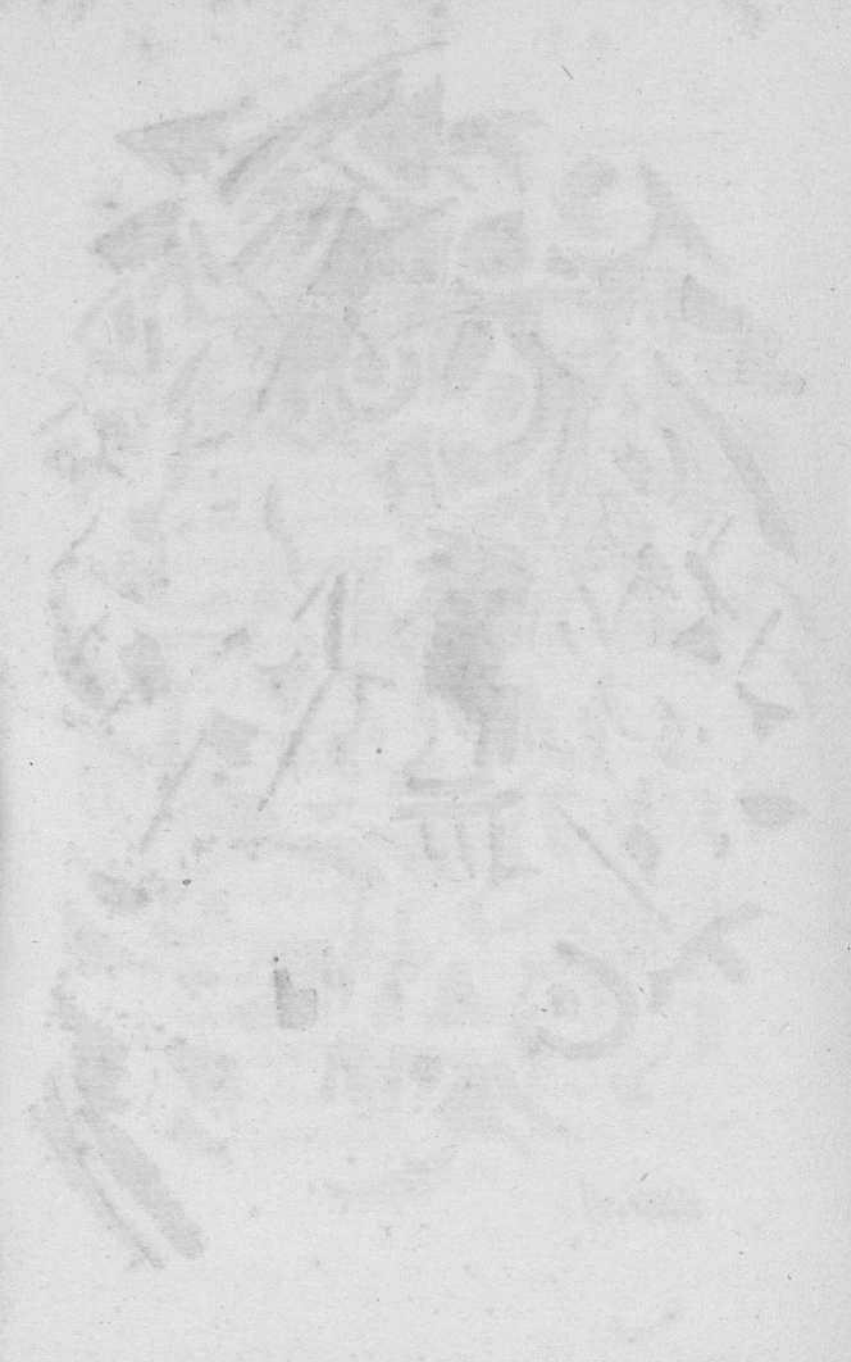
llitos encabritados ¡qué fieros vais! ¡qué resignados vais! Y he aquí que nosotros junto a *ellas*, —ellas son las walkirias blancas vestidas de batista, que por un vaso de agua de naranja nos han vendido un beso, más el derecho de apretarles el talle en la cabalgata, más el cascabeleo de su risa,—vamos tan orgullosos y tan resignados como vosotros, aunque pecho adentro, tal vez donde vosotros lleváis clavado el espigón—que al entrar en vuestro pobre cuerpo deja de fingir que es de oro, de níquel o de plata—creamos llevar ni más ni menos que un corazón. ¿Orgullosos? Claro está, como héroes, o al menos como protagonistas de esta carrera casi desenfrenada, casi musical, casi épica, con el acompañamiento maravilloso de toda una feminidad, carne de hembra, cabeza de pájaro. Resignados, porque al cabo nos dejamos llevar y porque la comedia es deleznable, circular la carrera,—¿habéis pensado alguna vez, caballitos, en el horror de una carrera que es circular y que no puede nunca dejar de serlo?—porque la fémica que llevamos al lado, por muy blanca que la hayan puesto a medias París y el hambre, es de alquiler. Caballitos ¿ois mis lamentaciones?—No, por cierto; no

sabemos oír, no queremos oír; queremos dar vueltas, dar vueltas, dar vueltas, de prisa, más de prisa; queremos que centelleen las columnas; que el órgano jadee sus vales más lánguidos; que los pliegues del dosel oriental se agiten al viento; que los faroles de la feria sean ante los ojos de nuestros jinetes como latigazos de luz; que ellos sientan la cabeza perdida; que ellas se vuelvan locas de miedo, y griten, y se dejen caer en vuestros brazos, y agiten los pies bajo la falda blanca, y levanten esas olas de tela y encaje que son tentaciones y desequilibrios; queremos girar, girar, girar en torno a un paisaje inacabable y siempre el mismo, que representa montañas azules y cielos bermejos a la puesta de sol; por muy de palo que seamos, esta ficción de libre naturaleza, de cielos admirables, de cumbres al pie de las cuales hay, sin duda, praderas por donde galopar, consuela nuestra esclavitud. También nosotros somos poetas, y para correr satisfechos nuestro geométrico camino, nos permitimos el lujo lírico de soñar paisajes sin música, aire libre y galopes románticos.—Yo—dice el caballito blanco—sueño que soy corcel de guerra; que bajo soberbio capa-

razón de acero siento sonar clarines; que llevo a un caballero armado de todas armas; que voy a Tierra Santa, y que me detengo a mitad de camino para ganar un reino.—Yo—suspira el caballo azul—sueño que soy caballo de imperiales caballerizas; que visto gualdrapa bordada con colores heráldicos, y que llevo a una fiera princesa camino de la fiesta de sus bodas.—Yo sueño que soy caballo de bandido.—Yo, caballo de estepa, y llevo como el viento a mi dueño el cosaco, y con él el terror.—Yo, caballo libre, y corro en la pampa.—Yo, caballo de mozo serrano, y le llevo a la fiesta del pueblo con la novia a la grupa.—Yo, caballo de circo, y llevo un arrogante penacho en la cabeza y un espejo que baila entre el penacho, y riendas recamadas de plata... y la *ecuyère* salta sobre mi lomo, y yo salto con ella; y ella hace piruetas elegantes, y yo, más elegante que ella, me encabrito, y ella rompe un aro, y yo salvo una valla, y una música cae desde muy alto sobre nosotros y sobre la arena, y suenan aplausos, y ella sonríe, y yo galantemente cabeceo, y el espejo se ríe, y el penacho flota, y el látigo restalla, y soy feliz.—Rueda, rueda, rueda, círculo de sueños;



BARRADA -



L A F E R I A D E N E U I L L Y

grita, cocotte; abrázala, menguado; canta, poeta; centellead subiendo y bajando, subiendo y bajando, columnas salomónicas; flota, dosel; desgañítate, órgano; gira, paisaje de tela; rueda, rueda, círculo de sueños.—Yo—dice el inverosímil caballo rosa,—también tengo a días mis imaginaciones; quisiera ser el corcel flaco de aquel Caballero de la Triste Figura, que dicen que iba viejo por las carreteras donde hace más sol, cantando un amor imposible y buscando la inacabable aventura.—Hu! hu! hu! hu! Este es el caballo más loco de toda la rueda. Corramos, corramos, corramos por no oírle. Organo, música; niñas, carcajadas; abrazad, donceles; girad, caballitos, que se acaba la noche...

SOCORRO, favor, aire!

—¿Qué te pasa?

—El cielo da vueltas, la tierra se me va de entre los pies, la luna hace volatines como un clown loco, la cabeza se me ha convertido en perinola, el corazón... ¡Socorro!

—¿Te desmayas?

—Me vuelvo loco. Veo visiones. Los caballitos se han convertido en cabras, en cerdos, en conejos, en toros, en dragones, en barcas, en automóviles, en lobos, en sirenas... toda la creación gira desenfrenadamente. Veo visiones, digo, horribles visiones de movimiento y extravagancia. Estoy delirando, tengo calentura.

—Cálmate.

—Te juro que veo visiones.

—No, sino realidades burlescas.

—¿Realidades?

—Figuras de farsa.

—¿Luego los dragones, los cerdos, las sirenas, las barcas, los conejos...?

—Son caballitos.

—¿Cómo caballitos?

—Son variaciones de los caballitos que la fantasía moderna reclama; después de todo, cabalgar sobre un caballito, aunque el caballito sea de palo, parece cosa natural; y esta generación, que niega los misterios sobrenaturales, se parece por los realismos contranaturales; todo es salirse un poco de la naturaleza. ¿Que nuestra superior ilustración no nos consiente realizar la fuga en alas de las viejas mentiras ideales? Realicémosla a lomos de estos cerdos autómatas, de estos conejos giratorios, de estos lobos mansos y de estas sirenas con fichú de encaje. ¿Qué dices?

—Que echo de menos los pobres caballitos honrados, sin pretensiones a dejar de serlo, si un mucho locos, también un poco sentimentales, cantados por Verlaine.

—Allí los tienes.

—Es verdad: El Tío Vivo clásico; pero está triste.

—Es cierto.

LA FERIA DE NEUILLY

—Y silencioso. El organillo ha perdido la voz.

—Es que los *Limonaires* modernos la tienen más agria y se oyen más de lejos.

—Está obscuro.

—Es que, como en los tiempos de Verlaine, el dueño, tal vez tan obstinado sentimental como tú, se empeña en alumbrar su artefacto con luces de aceite. Antaño, esta triste barraca hubiera sido una orgía de luz.

—Ahora es casi un poema de sombra. Mira el público: cuatro chiquillos silenciosos son los jinetes únicos de estos bucéfalos nostálgicos.

—Serán los hijos del empresario.

—Si subiéramos...

—Acabaríamos por llorar, y a la feria se viene a reír. ¿Quién se ríe?

--Pasemos de largo. Es un payaso, el de siempre, el que se desgañita ponderando magnificencias que no existen, el engañabobos.

—El poeta.

—Pasemos.

—Antes déjame que le diga un elogio.

—¿Al payaso?

—¿Por qué no?

—Tantos le han dicho ya...

—¿Para un rosal habrá una rosa nueva, para una fuente de parque real otro surtidor, para un palacio otra ventana, para un jardín otro clavel, para una boca roja otro beso, para un corazón otra risa, para el deseo de cantar otra canción, y todas estas cosas han de ser bien venidas, y mi elogio—uno más—no ha de centellear como una lentejuela bien llegada sobre la seda bordada de otras mil, sobre la seda blanca del traje de Pierrot?



ELOGIO DEL PAYASO

ELOGIO DEL PAYASO



BARRADIS -



ELOGIO DEL PAYASO

...Muertos de mala fortuna,
dan un salto

y se duermen en la luna.

JUAN R. JIMÉNEZ.

PAYASO: eres como un poeta, y como una mujer, puesto que llevas el rostro embadurnado y dices a son de tambor las palabras incoherentes: el redoble del tambor es ritmo de tu estrofa, payaso, y el son del cornetín, agrio, sobreagudo, estridente, doliente, es su emoción.

Payaso: como las mujeres sonríes, y como los poetas con las palabras, haces tú con el gesto los juegos trágicos o locos que obligan a reír hasta llorar.

Payaso: he visto sobre el mar, un día de tormenta, una barca amarrada; blanca como tú, airosa como tú, con velas puntiagudas como el

triángulo de tu peluca; estaba sola y se balanceaba sobre el agua gris en lamentables contorsiones, como tú sobre las tablas grises de ese pobre escenario de barraca; como aquellas nubes, esas bambalinas; como el viento de mar, ese viento de noche; como el mugir del agua, el sordo redoblar de ese tambor; blanca, sola, frágil, con tres líneas negras sobre la pintura, como las líneas negras de tu entrecejo.

¡Payaso, barca de la risa, lamentable barca de la risa sobre el mar de polvo!

Payaso: tienes un trono, tu tablado; eres príncipe. Y otro, tu carreta; eres rey. Y otro, tu alegría; eres emperador. Y para contemplar el mundo desde lo muy alto de tu tres veces regia soberanía, tienes lo que quisiera todo poeta, una ventana que es sólo para ti, el aro de papel que se abre únicamente cuando tú le atraviesas con tu cráneo de luna.

Payaso: de tus amores con la luna sólo sabemos que la luna te ama. Cuando en las noches de verano gesticulas en las plazas de pueblo, su luz, más que la harina, es la que blanquea tu rostro; su luz, más que la luz de los quinqués humosos, es la que hace brillar tus lentejuelas.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

Y ella es la que te embruja para que seas a un tiempo, bajo el cielo, juglar y vidente. Y ella es la que también embruja al auditorio y le pone en los sesos el fermento de una breve locura soñadora, que le hace comprenderte y aplaudir tu desafortada desenvoltura.

Payaso: por tu peluca blanca, y por tu gorro negro cuando eres Pierrot, por tus cascabeles cuando eres Arlequín, y por tu joroba cuando te dignas ser Polichinela; por tus estallantes besos, cuando quiere la farsa que ames; por tus lágrimas que van abriendo surcos en la mentira blanca del rostro; por los sollozos que alegran a toda la chiquillería; por tus dislocaciones sabias y tus saltos mortales; por tus bofetadas homéricas, que son el mejor chiste de la noche en el circo, porque vas errante como un peregrino, eminente como un triunfador, pródigo de palabras, derrochador de gestos; porque eres saltimbanqui y titiritero, y sabes el secreto de las carreteras, y el misterio de los pueblos dormidos, y el de las ciudades despiertas en la noche—como hoy París—atentas al sonar de tu voz y a la burla de tu máscara... por todo esto quiero hacer tu elogio, payaso, triunfador, caminante, barca de la

G. MARTINEZ SIERRA

risa, príncipe, rey, emperador de la farándula,
amado de la luna, soñador sin hora y sin tino,
fantasma vivo y loco, que en tu risa, en tu pena,
en tu gesto, en tu charla, en la desconcertada,
centelleante y multiforme farsa de tu vida eres
como un poeta y como una mujer. ¡Salve, pa-
yaso!

SE acabó?

—Se acabó.

—Elocuente te ha puesto el titiritero.

—¡Qué quieres! La farándula es la vida; cada volatín es un vuelo que el alma con alas quiere hacer levantar al cuerpo sin ellas; naturalmente, el vuelo se trunca, pero el intento de volar queda; el gesto es bello a un tiempo por osado y por roto; y todos los que vamos por la vida con alma que sueña que vuela, y cuerpo que no sabe del noble arranque mas que sentir el dolor de la caída—los poetas que soñamos con el sol y la luna, las malaventuradas que sueñan con el placer de amor, los niños que sueñan con las hadas—seremos entusiastas sempiternos de estos voladores de barra y trapecio, caminantes ruidosos, farsantes ingenuos, que entre burla y burlesca paliza, se juegan la vida en un salto. ¡Salve, payaso de mi corazón!

—El payaso se ríe de ti.

—Es su oficio.

—Hasta creo que te hace un gesto canalla.

—Pero su regocijo le ennoblece.

—Creo que estás loco. ¿Me abrazas?

—Por el honor que me haces creyendo que lo estoy.

—Con poco te contentas.

—¿Poco le llamas a la locura? Prerrogativa insigne y privilegio. Locura, mi señora: para ti son todos los cascabeles del mundo, para ti todas las sonajas de las panderetas, y los gorros con plumas de gallo de todos los bufones, y las sartas de palabras rotas, y todas las risas, y algunos besos, y las peroraciones imposibles, y la sublime pompa de la incoherencia. ¿Tú sabes que llamándome loco me has reconocido caballero de la Dama roja, siervo de la gozosa emperatriz, amante de la trágica hembra que cuando besa muerde y se ríe, que cuando llora canta, y cuando canta hace temblar el mundo; de la que es, siendo reina del gozo, princesa del terror y duende de la calentura?

—Pienso que es cómodo caminar en tu compañía. No hay modo de ofenderte.

—Porque no hay palabra con que despreciarme. ¿No ves que soy enamorado de las palabras, y ellas, fidelísimas, se convierten en rosas al salir de los labios de quien quisiera asaetearme con ellas? Dime una de injuria, será una rosa roja; otra de frío y altanero desdén, será una rosa blanca; una de compasión, que tú hipócritamente quisieras convertir en dolorosa por despreciativa, será una pálida rosa de te; y para las mil de mil inciertas palabras que la intención aleve lanza con la esperanza de hacer llorar de pena, está toda la floración indecisa de los rosales trepadores con corolas apenas amarillas, apenas sonrosadas, apenas violeta, apenas amaranto, que hacen suspirar de agradecida melancolía.

—Sin embargo, si yo te dijera...

—No sabrás lo que dices. Ese reino es mío: la floreciente palabrería, la música escondida, la armonía serena, el significado sutil, el suspiro oculto, todo eso es mío; las palabras frescas como agua de fuente, perfumadas como viento sobre jardines, solemnes como son de campana, sanas como sabor de harina, amables como el amanecer, graciosas como tallos de juncos, todas son mías, todas son para mí, todas son mi

reino y mi lira. Mías son las palabras; óyelas tú, si las sabes oír.

—Por lo pronto oigamos lo que anuncian este clarinete, este bombo, estos platillos y esta bailarina.

—¡Espectáculo sensacional! ¡Atracción única en el mundo!

—Linda pirueta.

—La gran *menagerie* Pezon. Fieras de todos los países: leones, tigres, jaguares, hienas, leopardos...

—¿Entramos? Ya se oyen los rugidos.

—Leo en un cartel: «A pesar de las terribles heridas recibidas recientemente, y de las cuales no está por completo restablecido, el incomparable Pezon, rey de los domadores, tendrá el honor de presentar al público sus tigres amaestrados.»

—Confirmación de mis anteriores reflexiones: no hay mejor reclamo que el olor a sangre; de aquí el éxito perdurable del drama histórico. ¿Has visto en el teatro de la Porte Saint-Martin la tragedia *Strasbourg*?

—No. ¿Qué es ella?

—El alma de París. Toda el alma infantil de

L A F E R I A D E N E U I L L Y

Paris, que pretende vengar su Alsacia y su Lorena a latiguillo limpio.

—¿En verso?

—En prosa de la que huele a pólvora.

—Felices los pueblos que se contentan con el olor... ¡Un cohete!

—No: una estrella que corre. Enviemos con ella un deseo al cielo.

—¡Que toda la pólvora del mundo se gaste en cohetes para alegrar noches de feria!

—Amén.

—Y puesto que bailarina, clarinete, bombo, platillos y rugidos siguen invitándonos, entremos a saborear frente a las fieras sabias la anti-heroica voluptuosidad del miedo...

LA FERIA DE N. S. S. S. S.

—¿Qué me cuentas de la feria?

—Te cuento que he visto cosas...

—¿Qué cosas?

—Cosas que no se ven...

—¿Qué cosas?

—Cosas que...

—¿Qué cosas?

—Cosas que...

—¿Qué cosas?

—Cosas que...

—¿Qué cosas?

—Cosas que...

—¿Qué cosas?

—Cosas que...

—¿Qué cosas?

—Cosas que...

LAS FIERAS

LAS FIERAS

LAS FIERAS

VOSOTROS, los que vais a visitar fieras en las amenidades de los parques zoológicos; los que habéis visto de pasada, acaso entre el florecimiento primaveral de un jardín, el ir y venir de la hiena y el tigre, el elástico desperezarse de la pantera; que habéis escuchado perderse el rugido del león entre el aroma de las lilas tempranas o el incienso de las acacias de Junio; en estos parques, digo, donde la fiereza de la fauna brava tiene por contrapeso bufón las contorsiones de la jaula de monos, y por apaciguante melodioso la blancura de los blancos cisnes que van sobre los lagos, y el rosa y el coral de los flamencos, y el negro, iris y gris plumaje de los ánades, más la luz del sol para fundir en la armoniosa vibración del aire todo el movimiento,

el sonido todo, y toda la policromía, mal podéis suponer el horror inarmónico de esta inmensa y hedionda barraca. Pasado el pórtico, que es un gran tablado flameante en rojo, en oro falso, en chillona luz—el pórtico, en el cual un payaso, dos bailarinas, un remedo de paje y otro de bufón hacen ruido, dan voces, echan a volar faldas rojas y prospectos de todos colores—se entra en un temeroso recinto. Es el suelo de tierra, los muros de lienzo, un tiempo blanco; al fondo una serie de hasta veinte jaulas, donde las fieras por el momento duermen; en medio de ellas, y adelantando más hacia el público, la jaula escenario; huele a fieras y a pasto de fieras, es decir, a establo, mas la hediondez trágica de carne desgarrada y sangrienta. Un buen hombre, vestido de frac, quema en honor al olfato del público tiritas de papel de Armenia; el público, queriendo y no pudiendo agradecer la delicadeza de la atención, tose. Pensad, repito, en este complicado refinamiento de malos olores, los que acaso os habéis detenido frente a la jaula del jaguar, en una azul mañana de Abril, con un ramito de violetas en la mano.

Suena una campana; el son del *bronce herido*

repercute lúgubre y hondamente en el recinto; calla la música del pórtico; se oyen las últimas palabras del reclamo que lanza el bufón, y los arcos voltaicos se encienden temblando, diríase de miedo; hombres van y vienen, moviendo los tabiques de tabla de las jaulas; los animales, despiertos por la luz y el movimiento, se despe rezan; abre sus fauces el león en un bostezo interminable; más papel de Armenia; todo está en orden; suenan dos golpes a la puerta interior de la jaula escenario.—*Entrez, entrez*—grita solemnemente el hombre del frac. Entra Pezon.

Pezon, figure étrange, à jamais historique!
Qui pourra raconter ton existence épique,
Dire combien de fois en face de la mort,
Tu t'es déjà trouvé sans la craindre... etc.

—Este es el comienzo de una oda, impresa en papel rojo para mayor heroicidad, que el payaso distribuye prodigamente a la puerta del templo del valor.—La muerte que por esta vez se encuentra el domador cara a cara, tiene cara de hiena; léanse cara y hiena en plural, puesto que los bichos son cinco. El héroe—tomo los építe-

tos de la oda roja,—restalla el látigo; las hienas marchan con cierto desconcertado ritmo; vuélvele a restallar; las hienas dan saltos de acróbata principiante; hácele restallar por vez tercera; las hienas galopan; luego rugen; luego muestran los dientes tan blancos y la lengua tan roja entre ellos; no hay que ocultar que corre por la sala un prolongado escalofrío; pero Pezon, *el padre y modelo de los domadores inmortales*, se yergue más inmortal que nunca, flagela el aire con la tralla; el aire se lamenta silbando; las hienas, al escuchar el lamento del aire, creen, sin duda, oírse gemir a sí mismas, y traídas de la idea del gemido a la del dolor, escarmentadas por adelantado, deponen su actitud hostil, ocultan los dientes, acallan los rugidos, y vuelven a saltar y dar trotecitos con la mayor docilidad; el público aplaude; el héroe saluda; retíranse las hienas; hace el domador cuatro salvas de látigo, tres graciosas inclinaciones, y sale. Silencio lleno de expectación.

Aprovechando el cual, el hombre del frac y del papel de Armenia anuncia la presentación inmediata de la sin par Neliska, domadora rusa, con sus jaguares en libertad. Venid, admirado-



BARRONJ-



res de la fragilidad engolosinante del sexo débil; venid, fanáticos de la delicadeza mujeril, de la gracia indecisa y turbadora, del movimiento levemente esbozado; venid, los poetas que habéis hecho del nombre mujer algo como sinónimo de olor a jazmines o de luz de luna; venid a abjurar todo vuestro credo de admiraciones ante Neliska y sus jaguares. Ya jaguar es palabra de las que dan escalofrío; todas las noches cálidas de la América terrible, las horas de venganza, de esclavitud, de látigo, despiertan a este solo nombre; a la sola evocación de jaguar, el terror surge; pues aún más terrible que sus tres jaguares es Neliska la rusa. Imaginad una fiera mujer de formidable y decidida arquitectura; piernas y brazos fuertes; cintura—¡pobres juncos!—flexible como buen resorte de acero: sólidos pies; cabeza grande, como tallada a golpe de hacha; piel tostada de ámbar; ojos negros con misteriosas sombras azules; cabello rojo con ondulaciones que son como llamas; boca sangrienta y grande; dientes agudos; sonrisa más aguda que los dientes; negro traje, de corte graciosamente masculinizado; movimientos seguros de sí mismos; mirada segura de sus fieras; sobrio manejo

del látigo, para mí más heroico que el del mismo Pezon; e imaginad, una vez frente a frente fiereza y fiereza, la fiereza femenina triunfante, por consciente, por serena, por soberanamente intelectual, de la inconsciente fiereza de las fieras. Saltos, carreras, ficciones de lucha; ella haciendo puente de su cuerpo, y las fieras saltando sobre él; ella ofreciendo el cuello al abrazo de las terribles zarpas, y las zarpas haciéndose, para abrazarle, de terciopelo; ella rugiendo donosamente para que los jaguares se olviden de rugir; ella engalanando la cabeza del jaguar más horrible con un gorro de clown; ella reclinándose sobre el vellón atigrado; y sonriendo; las fauces temerosas acercándose como para una mortal caricia al vellón rojo de su cabellera. Y sobre todo esto una interminable sonrisa; por algo Neliska es mujer, y en los trances fieros, cuando el domador hombre frunce el ceño, ella entreabre los labios con la sonrisa voluntariosa. A la hora del terror, a la hora de la decisión, a la hora imperiosa de la venganza, la mujer sonríe, porque el sonreír es su fuerza y es su derecho. Por tu inacabable y oportuna sonrisa, Neliska, te reconocemos y aclamamos mujer, a

LA FERIA DE NEUILLY

pesar de tus nervios de acero, de tu carne de hierro, de tus pies grandes y tus manos rudas. Mujer, vencedora de la felina fuerza con tu fuerte y femínea felinidad: para tu sonrisa todo nuestro aplauso, y el sereno verdor del laurel para el rojo-llama de tu cabellera.

The French Revolution was a period of radical political and social change in France, lasting from 1789 to 1799. It began with the storming of the Bastille on July 14, 1789, and led to the execution of King Louis XVI on January 21, 1793. The revolution was characterized by the rise of the sans-culottes, the abolition of the monarchy, and the establishment of a republic. It also saw the rise of the Jacobin Club and the Reign of Terror, a period of extreme violence and political repression. The revolution ended with the rise of Napoleon Bonaparte, who seized power in a coup d'état in 1799.

Y vámonos.

—Que salen los leones.

—No importa.

—Y un domador correctísimo, atildadísimo, con pelo rizado, con ojos azules.

—Dejemos a los ojos negros de Neliska el honor de todas las dominaciones. Salgamos.

—¡¡Ah!!

—¿Qué pasa?

—Los leones se vuelven contra el domador... uno le da un zarpazo... todos rugen... afortunadamente el hombre es sereno. Pasó. Después de todo la sensación de espanto es una voluptuosidad no despreciable.

—Pregúntaselo a las tímidas hembras que han aprovechado la ocasión para lanzar unos cuantos gritos, quién sabe si de susto o de placer.

—Y para estrecharse contra el prójimo que tenían más cerca.

—Sí; estas mujercitas parisienses son las emperatrices de la proximidad incendiaria; todos los pretextos les son buenos para abrazar.

—Más bien para enroscarse.

—Tienes razón. En París la *etreinte* ha matado al abrazo.

—¿Por qué dices *etreinte* si hablas en español?

—Porque hay palabras intraducibles; en cuanto las dejas de pronunciar en parisién se convierten en malas palabras; conservémosles el barniz misericordioso conque las acicala el acento del boulevard.

—Conservémosle. ¿Decías?

—Que el abrazo es una noble, fresca y saludable manifestación de amor, que hace pensar en campos alegres, en tomillos fragantes, en cielos con sol, en amapolas y en noches serenas. Y que es gran lástima que estas sirenas serpentinadas hayan empequeñecido su arrogante gesto y su alarde gentil de fortaleza con estas complicadas ondulaciones, estas sabidurías en la yuxtaposición, estas...

—¿Empequeñecido? Sutilizado querrás decir.

- Las sutilezas en amor son incapacidades.
- Estamos hablando de galantería.
- No admito el distingo.
- Eres indigno de amar en París.
- El amor es fuerza y no sabiduría.
- Si vieras qué bien saben las agridulces mieles de las bocas sabias.
- Prefiero la miel de un panal que se desborda como río de oro y sabe a clavellinas y a flor de romero.
- En el estanque del Petit-Palais hay nenúfares blancos y ninfeas color de coral.
- En los jardines de mi tierra hay claveles rojos que huelen a gloria.
- Las hembras de París huelen a tentación y a promesa.
- Los besos de mi novia son una realidad fresca como el agua que corre.
- Si el champagne no corre, centellea y ríe, y en el iris del cristal de la copa hay todo un halo pálido de luna.
- Te digo que el amor de mi tierra emborracha como una insolación.
- Debes recordar que es de noche; que estamos en la feria; que han florecido los girasoles

de papel; que silban los pitos; que los pianillos se desgañitan; que los tiros de carabina estallan; que el ruido es risa; que el placer es breve; que la farsa es corta; que arlequín finge que ama, y Colombina finge que le besa; que este es el peregrino reino de lo irreal, y que hemos llegado frente a la barraca-tablado-teatro de los fantoches. ¿Por qué no asistir a la comedia?

COMEDIA DE FANTOCHES

COMEDIA DE FANTOCHES

PERSONAJES

EL PRÓLOGO.

PIERROT.

COLOMBINA, esposa de Pierrot.

PIERRETTE, doncella y confidente de Colombina.

POLICHINELA, hechicero viejo.

ARLEQUÍN.

EL PRÓLOGO

¡Tam, tam, tam! ¡Damas y caballeros! Aunque fantoche, soy el Prólogo. Investido de tan alta misión, permitid que os anuncie el asunto de la comedia que va a representarse y que os haga el elogio de sus intérpretes. ¡Damas y caballeros! Inevitablemente se trata de amor. ¡Amor, amor! Quisiera en este instante, damas y caba-

llos, ser poeta para hacerlos con el ramillete de más perfumadas palabras el panegírico de la dulce desdicha, del aguijón amable, de la pasión fatal, del sortilegio, del influjo estelar, de la calentura del alma, del microbio... de lo que tengáis a bien decidir que sea esta inquietud sabrosa, que a través de los siglos venís, hombres y hembras, llamando amor. Hubierais de oír, si tal poeta fuera, mis centelleantes y estallantes metáforas; hubierais de admirar la funambulesca maravilla de los vientos, las rosas, los cielos, las fuentes, los antros, las águilas, los rayos de sol y de luna, los temblores de estrellas, que yo haría danzar sobre la cuerda de mi elocuencia, para florecer mi discurso; hubierais de pasmaros ante el collar de rimas en que engarzados todos estos sonantes, florecientes, lucientes elementos, y desengarzados más tarde, se irían despeñando por la pendiente de mi fantasía, y cómo al caer ellos se conmovieran los ecos a la risa y locura del cascabel, a la hondura y misterio del son que duerme dentro del caracol marino. «Maravillosamente rimaba», habríais de decir, damas y caballeros, oyendo mi discurso, si yo fuera poeta; pero ya he dicho que no lo soy. Soy úni-

camente fantoche y prólogo. ¿Sonreís? Sonreíd; pero no desdeñéis, que estas dos dignidades reunidas también tienen su alta significación. ¡Fantoche! A esta sola palabra, en todos vuestros ojos se ha encendido una chispa de regocijo. ¿Y pensáis que es pequeña la gloria de poseer un nombre que así es perennemente engendrador de gozo? ¿O imagináis que es menos, luego de poseerle, haberle sabido llevar a través de los siglos con toda dignidad de locura? Majestuosamente le hemos llevado, imperialmente, sí, damas y caballeros. Testigos de ello son nuestros cuerpecillos, que en honor a la risa se descoyuntan, se tuercen, se retuercen, lanzan al aire brazos y cabezas, pierden una pierna en un salto, la recobran en una pirueta. Miradnos, tan absolutamente palpitantes, que se diría que todo nuestro cuerpo es un corazón. Y, sin embargo, damas y caballeros, estamos hechos sin corazón. ¿Para qué tenerle, si vibramos sin él tan constante y prodigiosamente? No podéis, humanos lamentables, imaginar siquiera el gozo, la amplitud de regocijo, la ligereza más que de alas, de un pecho libre del peso de ese cono antiestético de carne roja. Nosotros en el hueco lleva-

mos una llama, y toda nuestra carne, que no es carne, es como un farol, farol de noche de verbena, movido por un viento de verano, suspendido del verdor de un plátano, sonante con toda la música de la murga y del pianillo, estremecido por el restallar de la pólvora que sube aire arriba, aire arriba, en la corona de oro, de rojo, de verde y azul de un cohete. Oigo a una ingenua rapaza, que me grita:—¿Y cómo, señor Prólogo, no teniendo corazón, podéis los fantoches amar?—Yo no he dicho que amemos, linda señorita.—Nos habéis dicho, señor Prólogo, que vuestra comedia trata de amor.—Trata de amor; pero, precisamente, es comedia.—¡Ah!—No os entristezcáis, bellos ojos negros; nuestra comedia estará incomparablemente representada; todo el amor del mundo no sabría encontrar gritos de amor comparables a los de Colombina.—¿Vais ahora a hablarnos de Colombina?—¿Por qué no? Sabed que es blanca, pero no pálida, porque en cada una de sus mejillas está a cada instante deseando nacer una rosa; y la inquietud de este deseo pone constantemente una ilusión de rosa en su blancura. Se ha pintado los labios con rojo de amapola, y un día que se

puso a soñar mirando a un prado, saltáronle a los ojos dos violetas; desde entonces nadie ha acertado a saber si sus miradas son luz o son aroma; de cuya confusión, como de todas las bellas confusiones, resulta una armonía, digamos una música: y así el mirar de Colombina es un cantar. Cantar azul que rima en asonante con la copla bermeja que a cada instante ríen sus labios. Dicen que a fuerza de oírse cantar y escucharse reír, se ha vuelto loca; así su pensamiento es una pajarera prodigiosa, cuyos ruiseñores, como todos los ruiseñores presos, se alimentan con carne de corazón. Por eso es a veces Colombina infiel a Pierrot: por alimentar a sus pájaros; ya que a Pierrot, fantoche como ella, le falta el cono de carne susodicho, grato a los ruiseñores. ¿Qué os voy a decir de Pierrot? Su psicología es que un rayo se ha roto en una esfera de cristal y agua: y allí están todos los colores, más uno. Hoy quiere ser filósofo, y las rosas se vengan de su filosofía; por lo cual, la comedia que empezó en un suspiro termina en un abrazo; mejor, en dos abrazos, porque Arlequín, después de cantar su copla con sentimiento y mala fortuna, se consuela del amor aman-

do, y de los besos que le niegan, con los que le ofrecen. Esta es la buena ventura de las coplas de amor; cantadlas, que siempre encontrarán un oído propicio. Y vosotras, hermosas, atended a la copla que va por el aire, y cazadla al vuelo, que ella es pájaro dócil y agradece toda esclavitud. Preguntadle a Pierrette si no saben a miel los besos que se han equivocado de camino. Réstame decir, damas y caballeros, que sobre el tablado de nuestra farsa aparece la sabiduría; pero el triunfo de nuestra locura la obliga a quebrar su redoma. Esta es la comedia; este es el jardín—, olvidaba deciros que el teatro representa un jardín. Abrid los oídos, que suena la fuente; abrid los ojos, que están empezando a abrirse las rosas.

Retrase el Prólogo.



BARPADAS



CUADRO PRIMERO

En el jardín de Pierrot. A la derecha, un cenador con bancos rústicos. Es primavera. Árboles y plantas columpian sus ramas cuajadas de flores, incensando los aires. La tierra canta con la voz de los pájaros, y el cielo sonrío con la luz del sol.

ESCENA PRIMERA

COLOMBINA, sentada dentro del cenador, cuyo ramaje la oculta casi completamente, parece meditar melancolias. PIERROT pasea en el fondo; contempla alternativamente el cielo y la tierra, va deteniéndose ante los árboles floridos y habla con las flores.

PIERROT

Declamando.

¡Oh Naturaleza, madre sin término ni edad!
¿Qué hice yo para merecer tus dones? Rosas de
fuego, ¿cómo logré conocer el misterio encen-
dido de vuestras corolas? Lirios, ¿cómo penetré

G. MARTINEZ SIERRA

el secreto de vuestros blancos pétalos? ¡Gracias, Belleza, gracias, porque has roto tu velo ante mis ojos! Contemplándote he de acabar mi vida.

COLOMBINA

¡Ay de mí!

PIERROT

Perdiéndose en las profundidades del jardín.

¡Gracias mil veces! Pongo mi nombre y mis sueños de poeta sobre todas las majestades y todos los amores del cielo y de la tierra.

COLOMBINA

¡Ay de mí!

ESCENA II

PIERRETE y POLICHINELA.

PIERRETTE

Pasad, señor Polichinela. De prisa, ahora que el señor Pierrot, embobado en sus éxtasis, no puede vernos. Pasad.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

POLICHINELA

¿Dices que tu señora te ha enviado a buscar carne?

PIERRETTE

¡Y con qué ansias, señor hechicero! ¡Si supierais cómo está la pobrecita! Miradla. ¿No da compasión verla? Pasa el día y la noche suspirando, y ha enflaquecido de un modo... Aquellas sus divinas formas no son lo que eran.

POLICHINELA

¡Lástima grandel!

PIERRETTE

¡Qué ingratos son los hombres, señor sabio!

POLICHINELA

No todos.

PIERRETTE

Mi señora, que es como las puras mieles con su esposo... *Amenazadora.* ¡Ah, señor Pierrot, señor Pierrot!

POLICHINELA

Creo que Colombina nos ha visto.

ESCENA III

Dichos y COLOMBINA.

COLOMBINA

*Sale del cenador y se adelanta llorosa
hacia Polichinela.*

¡Ah, señor hechicero, con cuánto afán os esperaba!

POLICHINELA

Inclinándose.

¡Señora Colombina!

COLOMBINA

Trae asientos, Pierrette... ¡Ay de mí!

POLICHINELA

No suspiréis, señora.

COLOMBINA

¡Soy tan desgraciada!

POLICHINELA

Me congratulo...

COLOMBINA

¿De mi desgracia?

POLICHINELA

No; de ver que no ocasiona en vuestra belleza los estragos que fueran de temer. Pierrette me había dicho...

PIERRETTE

Que vuelve con los asientos.

¿Qué sabéis vos, viejo chocho? ¿Acaso pensáis que la belleza femenina es una ciencia exacta, que no hay en ella más que ver y creer?

COLOMBINA

Pierrette, déjanos solos.

PIERRETTE

*Antes de alejarse mira hacia el fondo,
donde se supone que ve a Pierrot.*

Miradle: contemplando rosas... y acaso, acaso componiendo versos en honor suyo. ¡Ya le daría yo rositas si tuviera el honor de ser mi esposo! ¡Ah, señor Pierrot, grandísimo infeliz! Sabed

que no sois vos el único poeta del mundo, y que hay muchos que componen versos tan ideales como los vuestros, y mejor dirigidos... *Suenan los acordes de una cítara.* ¡No lo dijel Ya tenemos aquí al bueno de Arlequín.

ARLEQUÍN

Cantando.

Las rosas blancas son frentes,
los granos de trigo dientes,
los ojos estrellas son;
alabastro vivo el cuello,
mata de luz el cabello,
y la risa una canción.

¡Quién fuera en tu frente rosa,
diente en tu boca preciosa,
clara estrella en tu mirar,
de tu cuello tibia vena,
de tu pelo la cadena
y de tu voz un cantar!

Suenan las palabras a lo lejos engarzadas en sugestiva melodía. Pierrette las escucha embobada y subrayándolas con gestos de aprobación. Colombina, no bien escucha la primera estancia, se levanta indignada y apostrofa a Pierrette.

LA FERIA DE NEUILLY

COLOMBINA

¡Pierrettel

PIERRETTE

¡Señoral

COLOMBINA

¿No te ordené que enviaras enhoramala a ese importuno?

PIERRETTE

Cumpliendo vuestras órdenes, le cerré las puertas; quedóse en la calle, harto apesadumbrado, el cuerpo de vuestro amador; pero el espíritu, ¡ay de mí!, es cosa inmaterial, y ¿quién puede quitarle al señor Arlequín el consuelo de enviarle hasta vos en alas de sus versos?

COLOMBINA

Ve a decirle que me ofende su música.

PIERRETTE

Yo en vuestro lugar no sería tan rigurosa. ¿Qué se pierde por oír?

COLOMBINA

Indignada.

¡Pierrettel

PIERRETTE

Alejándose.

Todos empeñados en amar lo imposible. Mi señora a su esposo; Arlequin a mi señora... Y a mí, que sería la quintaesencia de la posibilidad, ¡nadiel

ESCENA IV

COLOMBINA y POLICHINELA.

Colombina se deja caer de nuevo en su asiento y suspira.

POLICHINELA

Muy excitado.

Pero ¿queréis explicarme qué sucede? Lágrimas vuestras, canciones de Arlequin, reticencias de vuestra doncella... ¡Es para volverse locol

COLOMBINA

¡Ah, señor Polichinela; el amor es el problema más complicado de nuestra vida!

POLICHINELA

No lo creáis; el amor es función sencillísima y natural, natural sobre todo; pero nosotros nos empeñamos en complicarla con distingos espirituales... ahí está el mal. La naturaleza no gusta de que nadie le enmiende la plana.

COLOMBINA

El caso es...

POLICHINELA

Precisamente el caso...

COLOMBINA

Es que mi esposo no me ama.

POLICHINELA

¡Qué escucho! ¿Engañaros Pierrot?

COLOMBINA *

No me engaña tampoco. Ojalá pretendiera engañarme; siquiera tendría que agradecerle la buena voluntad de conservarme ilusiones.

POLICHINELA

¿Y la rival?...

COLOMBINA

Mi rival, señor hechicero, es la Naturaleza. *Polichinela se asombra.* Sí; Pierrot es poeta, por desgracia. Ama el carmín de las rosas, y lo desdenea en mis labios. Canta el reir azul de los cielos, y no se cuida del llorar de mis ojos. Bebe perfumes y no en mi boca... ¡Pobre de mí!

POLICHINELA

¡Pierrot poeta! Tenéis razón: la poesía en el matrimonio es una desgracia como otra cualquiera... pero, ¿y las canciones de Arlequín?

COLOMBINA

Esa es otra complicación. Mis penas, gracias al poco disimulo de mi señor marido, son cosa pública, y Arlequín pretende consolarme de ellas, fundado en la sabiduría popular, que dice: «La mancha de la mora...»

POLICHINELA

¡Habrás desfachatez semejante!

LA FERIA DE NEUILLY

COLOMBINA

Tranquilizaos; yo no admito consuelos.

POLICHINELA

Hacéis bien; eso de que el amor se cura con amor, es monserga. No existe en el mundo, fuera de la ciencia, remedio para ningún mal. Creedme a mí, que soy sabio viejo.

COLOMBINA

Por eso he acudido a vos.

POLICHINELA

Y habéis hecho perfectamente, hija mía. *Meditando*. De modo que abandono, desamor, poesía; síntomas graves, pero afortunadamente...

COLOMBINA

¿Hay remedio?

POLICHINELA

Uno casi infalible. *Sacando de las profundidades de la hopalanda una redomita de cristal*. Tomad esta redoma; en ella se guarda un filtro formado por

arte de magia con la esencia de vuestras lágrimas.

COLOMBINA

¿Y qué debo hacer?

POLICHINELA

En cuanto Pierrot entre en uno de sus raptos admirativos, o si se quiere éxtasis poéticos, derramad una gota del filtro, y ¡adiós, poesía!

COLOMBINA

No comprendo.

POLICHINELA

Por ejemplo: Pierrot está admirando el azul de los cielos; derramad una lágrima, y el cielo se cubrirá de nubes.

COLOMBINA

Comprendo.

POLICHINELA

Así, poco a poco se desencantará de la belleza natural, y volverá a la vuestra.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

COLOMBINA

Que también es natural, creedlo, señor Polichinela.

POLICHINELA

Lo creo; ¡ay, demasiado! Adiós.

COLOMBINA

¿Cómo agradecereros...?

Le besa la mano.

POLICHINELA

No me agradezcáis tanto; no vaya la gratitud a echar por tierra mi sabiduría. ¡Señora!

Saluda y se aleja.

COLOMBINA

¡Sois mi salvador! *Con alegría.* ¡Pierrette, Pierrette!

ESCENA V

COLOMBINA y PIERRETTE.

COLOMBINA

Alégrate conmigo.

PIERRETTE

Desabrida.

Es decir, que el sabio ha encontrado el remedio... Entonces...

Trata de ocultar una carta que traía en la mano.

COLOMBINA

¿Qué es eso? ¿Qué papel escondes? *Lo coge.*
Una carta de Arlequín... ¡Así cumples mis órdenes!...

PIERRETTE

Di al señor Arlequín vuestro recado y le desconsoló en extremo saber que su canción os ofendía; y para probaros que en ella no hay motivo de ofensa, trasladó los versos a este papel, rogándome que le pusiera en vuestras manos; pero si no queréis...

COLOMBINA

Deja; debo leerle y hacer en él ejemplar escarmiento. *Pasa los ojos por la carta.* Frases de fuego, el fuego castigará vuestro ardor.

LA FERIA DE NEUILLY

PIERRETTE

Señora, mi señor se acerca.

Sale.

COLOMBINA

¡Genios del bien, prestadme ayuda!

ESCENA VI

COLOMBINA y PIERROT.

Entra Pierrot: trae en la mano un manojo de rosas purpurinas. Viene contemplándolas, y comienza a recitar los versos que ha compuesto en honor suyo:

«Pétalos que guardáis la roja huella
de una sangre divina...»

Colombina deja caer la primera gota de la redoma.

PIERROT

Gritando.

¡Ay!

COLOMBINA

Acudiendo solícita.

¿Qué es eso?

PIERROT

Me he clavado una espina.

COLOMBINA

¡Amor mío, deja las rosas que tienen espinas!
*Toma las flores de manos de Pierrot y las arroja con
violencia; trazan en los aires huella sangrienta, y caen
deshojándose. Pierrot las ve caer, y suspira. Colombina
se arroja en sus brazos. ¿Qué piensas? ¿No sabes
que mi cariño es flor que nunca se deshoja?*





CUADRO SEGUNDO

El jardín de Pierrot, en otoño. No hay en él más flores que unas rosas pálidas y algunos crisantemos melencólicos. Por fondo, el incendio de la puesta del sol. En lo alto del cielo, corren, enmarañándose, nubecillas blancas a impulso de un viento perezoso, que a intervalos despoja las copas de los árboles y hace revolotear sobre el jardín dorados remolinos de hojas secas.

ESCENA PRIMERA

COLOMBINA y POLICHINELA.

Ella, más melancólica que en el cuadro primero.

POLICHINELA

Apenas si acierto a creeros. ¿De modo que mi remedio no surtió efecto?...

COLOMBINA

Un efecto maravilloso.

G. M A R T I N E Z S I E R R A

POLICHINELA

No comprendo, entonces.

COLOMBINA

Es que el remedio ha sido mucho peor que la enfermedad. Pierrot ha dejado de ser poeta; pero se ha hecho filósofo.

POLICHINELA

¡Filósofo!

COLOMBINA

Sí, por desgracia. Vuestro filtro era eficazísimo. No ha habido para Pierrot durante varios días ni cielo sin nubes, ni rosas sin espinas, ni gusto sin hastío. Hasta el perfume de las flores ha llegado a darle jaqueca; de tal modo, que casi he llegado a compadecerme de él.

POLICHINELA

¿Y le habéis demostrado vuestra compasión cariñosamente?

COLOMBINA

Lo más cariñosamente posible; pero, ¡ay de

L A F E R I A D E N E U I L L Y

mí!, cuando mi esposo, escarmentado por las pérdidas de la naturaleza, se ha dado a aborrecerla y despreciarla, ha caído en la cuenta precisamente de que mi belleza es cosa natural..., y podéis sacar la consecuencia. Mis labios se parecen a las rosas; mis ojos, al mar y al cielo; mis cabellos, al sol; y he aquí que Pierrot ha echado sobre mi persona la carga de todas las espinas, tormentas, nubes, manchas y vendavales que afligen al universo y afean su belleza. Estoy peor que estaba, señor hechicero... *Pausa.* ¿No podréis hallar nuevo remedio para este nuevo mal?

POLICHINELA

Difícil es, señora Colombina. Por lo visto, el espíritu de vuestro esposo es refractario al amor. Si pudierais olvidar, resignaos...

COLOMBINA

¿Eso es todo lo que os dicta la sabiduría?... Sabed que yo no necesitaría para consolarme sino querer; pero busco remedio y no consuelo.

POLICHINELA

No os enfadéis, señora. Peliagudo es el caso;

G. MARTINEZ SIERRA

pero voy a estudiarlo en mi laboratorio, y os juro que no saldré vivo de él hasta dar con la infalible medicina.

Sale.

COLOMBINA

La sabiduría os oiga.

ESUENA II

COLOMBINA y PIERRETTE.

PIERRETTE

Entrando.

¡La sabiduría! ¿Queréis decirme qué va a entender de amores ese embaucador? ¡A sus años!

COLOMBINA

Garantía de saber es la ancianidad.

PIERRETTE

Acaso; pero en achaques de voluntad, más que el saber, vale la práctica. La ciencia de amar es como llave que abre corazones: cuando no se

L A F E R I A D E N E U I L L Y

usa, se enmohece. ¡Y figuraos si hará tiempo que Polichinela tendrá echada la llave del arca!

COLOMBINA

¿Por qué te empeñas en quitarme ilusiones?

PIERRETTE

Porque más que cien ilusiones vale una sola realidad. El señor Arlequín...

COLOMBINA

Vuelta con Arlequín.

PIERRETTE

Es una realidad muy aceptable; creedlo, señora; le he visto de cerca, y respondo. Además, ¿no estáis convencida de que las drogas del hechicero son inútiles para ganáros el corazón de Pierrot?

COLOMBINA

¡Ay, sí!

PIERRETTE

¿De que por el camino de la ciencia no encontraréis nunca el remedio?

COLOMBINA

Lo temo.

PIERRETTE

Entonces, confiad en mí; dejadme poner en práctica un proyecto.

COLOMBINA

¿Qué es ello? ¿Qué has pensado?

PIERRETTE

¡Ya lo veréis! Sin más ciencia que la experiencia de esta pícara vida, espero salvaros. Por de pronto, recibid al señor Arlequín.

COLOMBINA

¡Pierrettel!

PIERRETTE

Aunque no sea más que para desengañarle. Una palabra desabrida de vuestros labios le causará más efecto que cien discursos de los míos, que, a decir verdad, no están hechos para desabrimientos... Por lo demás, aquí le tenéis.

ESCENA III

DICHOS y ARLEQUÍN.

ARLEQUÍN

Entra, y se arroja a los pies de Colombina.

¡Reina de mi alma, sol de mi espíritu, imán y norte de mi voluntad!...

COLOMBINA

¿Qué es esto? Alzaos. Pierrette, ¿así cumples mis órdenes?

PIERRETTE

Señora, perdonad. Es demasiada fatiga para mí esto de estar siempre entre la espada y la pared. ¿Sabéis a qué incendios se exponía mi corazón, en contienda perpetua con los ardores del señor Arlequín?

ARLEQUÍN

Señora, a mi vez os pido que perdonéis a Pierrette. No fué su descuido, sino mi audacia, la causa de este mal, si es que mal hubo.

COLOMBINA

¡Cómo!

ARLEQUÍN

¿Acaso peca el corazón sumido en tinieblas al
desear la luz?

COLOMBINA

Una cosa es desear, y otra...

ARLEQUÍN

Colombina, en las voluntades enamoradas el
deseo es acción. Los anhelos de amor son efica-
ces como la palabra de Dios.

COLOMBINA

Blasfemáis, señor Arlequín, porque vuestro
amor es crimen.

ARLEQUÍN

¿Qué importa, si es amor? No os alejéis, se-
ñora. Oídme siquiera; dadme el consuelo de es-
cuchar mis quejas; dejadme deciros...

L A F E R I A D E N E U I L L Y

COLOMBINA

¿Y os marcharéis después?

ARLEQUÍN

Si vos lo ordenáis...

COLOMBINA

¿Y me prometéis no volver?

ARLEQUÍN

Si no logro convenceros...

COLOMBINA

Hablad, entonces.

ARLEQUÍN

Gracias.

Le besa la mano.

COLOMBINA

Hablad he dicho.

ARLEQUÍN

Señora, fué un grito del corazón.

COLOMBINA

Tenéis un corazón muy mal educado.

PIERRETTE

Aparte a Colombina.

Seguid la broma. *Continúan hablando vivamente; poco después pasean por el jardín y van a sentarse en un banco del fondo, oculto a medias entre el follaje.* Nunca creí que el dolor de mi señora fuera tan difícil de consolar. ¡Ah!

ESCENA IV

PIERRETTE y PIERROT.

PIERROT

Trae un libro en las manos; lee y medita.

¡Y pensar que en las gotas de rocío —lágrimas radiantes del amanecer— existe un mundo de monstruos, un universo de crueldad!... ¡Saber que la lozania es máscara de la podredumbre; la belleza que amamos inmortal, antifaz de la muertel...

Pasea, absorto en sus meditaciones.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

PIERRETTE

Acercándose, compasiva.

Señor Pierrot...

PIERROT

¿Quién? ¡Ah, tú! *Fuera de sí.* ¿Por qué sonries?
¿Por qué estás alegre?

PIERRETTE

Señor, la vida es hermosa.

PIERROT

¿Tú sabes lo que llevas dentro? La destrucción, la nada... *Pausa.* ¿Dónde está tu señora?

PIERRETTE

Llorando estaba hace un instante vuestras filosofías. Ahora procura consolarse... Quiero decir que tiene visita... el señor Arlequín.

PIERROT

¡Arlequín!

PIERRETTE

Bonísima persona. Joven, arrogante, enamorado...

PIERROT

¡Qué dices!

PIERRETTE

Y poeta alegre. No pudo la señora elegir más amable compañía.

PIERROT

¿Por qué dices eso?

PIERRETTE

Porque es verdad.

PIERROT

¿Por qué me miras así?

PIERRETTE

Observaba con tristeza las arrugas que la filosofía marca en vuestra frente.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

PIERROT

Di a Colombina que la espero.

PIERRETTE

¿Será prudente interrumpir a mi señora?

PIERROT

¿Tanto le interesa la visita?

PIERRETTE

Vedlo vos: ¡allí están! *Pierrot se acerca a mirar entre el ramaje.* ¿Veis algo?

PIERROT

El tal Arlequín es soberanamente antipático.

PIERRETTE

No lo creáis: tiene una conversación tan discreta... *Se oye reír a Colombina.* Mi señora se ríe. ¡Pobrecilla! Tiempo hace que no se la oía reír. ¡Ah! El señor Arlequín tiene felices ocurrencias, ¿verdad? Pero ¿qué os pasa? *Pierrot echa a correr como loco.* ¿Dónde vais? ¡Ja, ja, ja!

ESCENA V

PIERRETTE y ARLEQUÍN.

Oyese en el jardín ruido de voces; poco después, Arlequín sale de entre el bosque. Viene con gesto malhumorado, y atraviesa la escena precipitadamente.

PIERRETTE

Deteniéndole.

¿Qué os sucede, señor Arlequín? ¿Mi señora no se dejó convencer?

ARLEQUÍN

Tu señora es un modelo de fidelidad conyugal.

PIERRETTE

¿Y quién os mandó merodear en huertos cerrados, en corazones con dueño? ¿Teníais más que tomar posesión de terrenos sin cerca, de campos vírgenes?...

ARLEQUÍN

¿Conoces alguno?

L A F E R I A D E N E U I L L Y

PIERRETTE

Me ofendéis, señor Arlequín.

ARLEQUÍN

Quiero decir alguno dispuesto a recibirme por cultivador. *Pausa. Los ojos de Pierrette, amparados en el silencio de sus labios, pronuncian elocuentísimos discursos. Arlequín, decidiéndose repentinamente.* ¿Queréis amarme, Pierrette?

PIERRETTE

No me gusta vencer con armas de despecho.

ARLEQUÍN

¡No seáis cruel!

PIERRETTE

Mi señora es mucho más hermosa que yo.

ARLEQUÍN

¡Ilusión! La belleza femenina es un todo, un cuerpo perfecto en que cada mujer hermosa es miembro distinto; tu señora es hermosa, tú eres

G. MARTINEZ SIERRA

hermosa como ella; miembros distintos de la misma belleza.

PIERRETTE

¿Y hacia dónde vengo yo a caer en ese cuerpo universal que decís?

ARLEQUÍN

Por lo que el mío dice, debéis estar muy cerca del corazón.

Siguen hablando.

ESCENA ÚLTIMA

PIERROT y COLOMBINA.

Adelantan por el jardín; vienen unidos casi en un abrazo, mirándose en los ojos llenos de dicha.

COLOMBINA

¿Me dices la verdad, Pierrot?

PIERROT

Te lo juro. La idea de perderte me descubrió que tu amor es vida de mi alma. Son tus pala-





L A F E R I A D E N E U I L L Y

bras el más hermoso de los poemas, y tus caricias la más sólida de las filosofías.

POLICHINELA

Entra precipitadamente.

¡Señora, aquí tenéis el filtro, el elixir de amor, el remedio infalible!...

Todos se ríen, y Pierrette lleva su descaro hasta burlarse del hechicero con muecas picarescas. Polichinela los contempla desconcertado. La redoma que traía en las manos se rompe con estrépito, y el elixir de amor desparrama en el suelo sus ya inútiles gotas. La tierra, seca, las bebe con ansia. Cae el telón.

EL PRÓLOGO

¡Damas y caballeros! Aunque no es costumbre de los prólogos hablar después de terminadas las comedias, permitidme cuatro palabras inútiles, puesto que habéis visto caer el telón: aquí acabó la farsa. Y otras seis acaso innecesarias, puesto que estáis viendo que vuelve a levantarse: comienza la danza de la Muerte.

Retrase el Prólogo.

... el ... de las ...

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

LA DANZA DE LA MUERTE

LA DANZA DE LA MUERTE

LA DANZA DE LA MUERTE

EL jardín, que es la escena, se oscurece; primero, cae una niebla gris; luego, una nube negra; luego, una negrísima obscuridad; la embocadura, de azules y rojos chillones, hace más honda la negrura de boca de abismo que se abre temerosa dentro su marco. En el pianillo, una mano invisible toca un *galop*. Aparece la Muerte: un risueño esqueleto de marfil pulido; sin duda, se ha pasado tres horas frente al espejo del tocador: tan prolijamente bien ajustados están los mondos huesos; se inclina; luego, trenza con gracia aterradora las canillas: es un paso de *gigue*. ¿Creéis acaso que suenan los huesos al entrechocar? No suenan los huesos. Ruido de choquezuelas fué bueno para viejos romances

de miedo en los cuales el esqueleto era el fantasma; este esqueleto es el danzante; moderno compañero de las fiestas nocturnas, aceptará de muy buen grado la copa de champagne que tengáis a bien ofrecerle, y hasta se dignará poner los huesos de su boca sobre los labios jóvenes de la chiquilla que os acompaña. Y no penséis tampoco que los labios de ella van a palidecer al frío contacto: quédese para el pusilánime espíritu del príncipe Hamlet el conmoverse un poco en presencia de la calavera; desde que la muerte se ha puesto a bailar, las niñas galantes, más fuertes que todos los héroes de todas las tragedias del mundo, no tienen reparo en bailar con ella. ¡Danza, Muerte, danza: huesos pulidos, zarandeaos a compás de la polka; subid y bajad, hilos mágicos que movéis la gozosa osamenta! Ya el esqueleto ha tirado los brazos al alto; vuelan como alas de murciélago; ya las piernas han seguido el camino de los brazos; ya una y otras se encuentran en el aire y se cruzan en aspa macabra; entretanto, el tronco, suspendido por encantamento, sigue el compás de la música alegre, con tal furia de desordenado movimiento, que la cabeza acaba por saltar a los

L A F E R I A D E N E U I L L Y

aires, camino de los brazos y las piernas; pero en el instante preciso en que va a colocarse sobre ellas en la posición símbolo de la muerte, brazos y piernas caen juntos como haz de espigas y se tienden sobre las tablas. ¡Reposad, huesos, que bien ganado tenéis el descanso! Esta calavera se ha vuelto insensata; las sombras juegan con ella a la pelota; escalofrío da verla rebotar en silencio contra los infinitos planos de tinieblas; mientras ella danza, el tronco ha venido también a tenderse en el suelo, y ¡oh, maravilla!, brazos y piernas, resurgiendo en nueva parodia de vida, han llegado a buscar sus coyunturas, y el esqueleto está otra vez en pie. ¡Bravo, los saltos en busca de la fugitiva calavera! ¿Para qué necesitas cabeza, esqueleto loco? La quiere, la quiere, la busca; ella, bien hallada con su libertad, sigue rodando y rebotando por la negrura cómplice; al fin, un choque brusco vuelve a engazarla al tronco; pero ya las manos huyen y los pies se escapan; las piernas siguen a los pies; los brazos, a las manos; el tronco se lamenta en brascas sacudidas; las costillas se abren—abánico tremendo—y dejan ver el más tremendo

vacío del torso; como manos y pies danzan a lo lejos, vuélvenle a la cabeza sus desatinados deseos de danzar; no sabe el tronco a qué miembro seguir, y he aquí que lanza una costilla en seguimiento de cada fugitivo; cúbitos, radios, falanges, fémures y tibias, todo se entrechoca en el espacio negro en confusión despeluznante; el pianillo clama un acorde nunca oído; debe ser un conjuro, porque a su son todos los áridos danzantes se desploman en informe montón sobre las tablas. Silencio. ¿Así acaba tu danza, señora Muerte? No, por cierto: el silencio es precursor de la resurrección; llega sobre las tablas un viento, no se sabe de dónde; de algún valle tal vez, como el de Eleonora, donde la primavera es inmortal; cuélase en el montón; los huesos resurgen, álzanse en remolino, revolotean en confusión; vertiginosamente, de la confusión nace el orden; las costillas forman su enrejado simétrico, encájanse las piernas, ajústanse los brazos, condesciende la calavera en coronar la temerosa arquitectura; la Muerte está en pie, viva una vez más; se inclina, saluda, hace una pirueta; retírase a paso de marcha, majestuosamente, como vino. Y las tinieblas huyen, y apa-

L A F E R I A D E N E U I L L Y

rece el jardín, y entre las rosas, Pierrot aplaude, y Colombina se muere de risa.

EL PRÓLOGO

Damas y caballeros: se acabó el espectáculo. Gracias a todos. En pago de vuestra amable atención, a todos deseo que os nazca en el pecho una amapola, que sea una bombilla de luz eléctrica, y que el vino que bebáis esta noche tenga en la espuma visiones tan alegres como los cascabeles de Arlequín, y tan descoyuntadas como la danza de la señora Muerte. He dicho.

BAJLA bien la Muerte.

—Mucho mejor que la bella Otero.

—No compares. Las danzas de la Otero son un sol en ocaso, y las piruetas de este amable esqueleto son *dernier cri*, última moda, escuela inglesa; sus descoyuntamientos harían honor a las más saltarina de la *girls* que ahora conquistan para el invencible espíritu británico el amor parisién a la incitante coreografía. La Muerte ha bailado a un tiempo con furia y con decoro; como las nuevas triunfadoras del *Moulin Rouge*, hasta cuando tiraba las piernas al alto, perfilaba la boca de hueso de la calavera una sonrisa inocentona; diríase que sobre el cráneo flotaba una madeja de bucles color lino, y que en cada pómullo había florecido el rubor londinense de una *eglantina*. Decididamente, la señora Muerte sabe lo que se hace, y se pone a tiempo de parte de los fuertes.

—Puesto que la Moda ha hecho otro tanto...

—*La Muerte y la Moda*. ¿No sería buen título para un poema parisién?

—Mucho más parisién resultaría: *La moda de la muerte*. ¿Has observado la aterradora cifra de contrariados amantes que se despiden en París de la vida o hacen marchar por fuerza al reino de las sombras a la parte contraria, ya empleando el puñal, ya a tiritito limpio, ya en las menos limpias, pero más frescas, aguas de la Marne y del Sena?

—Y eso en el país del amor libre.

—Cuanto más libre, más mortal.

—¿Tú crees?

—Naturalmente. En los países timoratos, las víctimas del amor con cadenas sueñan con lo muy delectable que debe ser la libertad de amar, y entre sueños y suspiros de añoranza, se les va pasando la vida, y olvidan el matarse; pero cuando el ejercicio pleno y libre de la divina diversidad sirve para mostrarles la universalidad de la decepción, rencorosos contra la vida, que, a su juicio, promete y no cumple, dan fin de ella con una facilidad espeluznante; el tedio arma cien manos, que hubiera dejado inactivas la

desesperación; el rencor de la saciedad levanta otras cien, que la amargura de la privación hubiera conservado inmóviles.

—Cierto: somos esclavos de la ceniza que cae sobre la vida; todo sabe a ella, y todo se ve gris.

—Somos víctimas de la falta de leyes morales; suprimida la ley, cesa el conflicto; y los conflictos son el único interés de la vida... si quiera sea para darnos el gusto de solucionarlos quebrando la ley que los creó.

—Cuando una vez se ha creído en la ley, aun cuando se rompa, siempre queda vivo el remordimiento.

—Que es una nueva y sabrosa voluptuosidad.

—Que es un fantasma perdurable.

—Tanto mejor. ¡Pobre del cerebro al que han dejado de impresionar los cuentos de miedo! En cuanto las tinieblas pierden el misterio inquietante de sus duendes, ¿para qué la noche? Las almas desnudas van perdurablemente buscando un manto de sombra, de sueño, en que envolverse; manto que les es indispensable; ya lo ves: en cuanto dos se encuentran frente a frente, sin velos y sin trabas, suele sonar el

tiro, suele brillar la hoja del puñal, suele estremecerse el agua de los ríos al golpe de una chapuzada trágica. Siendo así...

—¡Vivan las cadenas!

—Nada de gritos subversivos. Estamos en la patria de la libertad.

—Y de las *quadrilles*.

—Viejas son esas damas que las bailan.

—Es que dicen que el baile parisién por excelencia se va perdiendo; parece que es difícil, y las niñas principio de siglo prefieren ejercitarse en contorsiones menos fatigosas y más productivas. Bien revuelan las profusas enaguas. Linda cosa es ver toda esa blancura arremolinándose. Ahora, cada faldamenta es como una campana, y cada pierna calzada de negro, como un badajo que se hubiese vuelto loco. Agiles son las cincuentonas. ¡Viva París, que así conserva el regocijo bajo las arrugas!

—¡Y viva la danza!

—Sí...



PARA LA DANZA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

LECTURE 10

PARA-LAN

PHYSICS 309

LECTURE 10

PARA-LAN

PHYSICS 309

LECTURE 10



BARRADA-



PARA LA DANZA

LA estrofa; para el remolino, el aplauso; para el vértigo, la insensata canción.

Más toda la reverencia agradecida del intelecto.

Que cuando duele de pensar la frente y están mustias las flores del imaginar, y al contemplador de la verdad se le caen de fatiga las alas, no hay para la frente, para las alas y para el árbol que da la flor de los pensamientos reposo como el de mirar un cuerpo bello que se agita en el armonioso o desatinado ritmo de la danza.

¿Sabéis, emperadores del verso, que bajo el sol de Grecia el verso se creó para la danza, y que la cadencia de los menudos pies mostró a los elegidos de los dioses la posibilidad de la cadencia de las bellas palabras? ¿Que así la poe-

sía es una milagrosa revelación del movimiento?

Por lo cual, poetas, siempre que veis a una mujer danzando, debéis inclinaros con reverencia, porque tenéis delante la génesis de vuestra melodiosa locura.

Y lanzarle a los pies todo vuestro laurel, agradecidamente.

Y llamarla madre, y rimar en su honor una maravillosamente desvertebrada estrofa. Porque ella os enseñó a rimar, mostrando el secreto de la oda a vuestros padres los inmortales, con la ondulación clásica de su cuerpo, bajo el cielo color de jacinto.

Y vosotros los que dejáis prenderse el pensamiento en la red de seda de los flecos del mantón de la bailadora, y dormirse con ellos en la nostálgica voluptuosidad del tango.

O los que le enviáis a ser niño y loco entre los revuelos de la falda de una danzante inglesa que rima la tormenta de una *gigue*.

O los que una hora le tenéis perdido en los volantes blancos que sabia, pérfida, desafortadamente agita con todo rumor y toda inquietud de marea, de gracia, de tentación, de remolino trágico, la hembra de París bailando su can-can.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

¿Qué daréis a la danza y a las que danzando han sido más que brujas, y os han dado el alivio de beleño de dormiros el inaletargable gusano intelectual?

Dadles la primera estrella que al despertar os luzca en el intelecto: bien estará sobre la desnudez de sus gargantas, centelleando como un diamante.

Dadles la primera flor que al volver a la vida os nazca en el huerto: bien estará, y más si es flor de granado, roja sobre sus pechos como una herida.

Dadles la primera cresta de espuma que surja en la marea de vuestro imaginar: bien estará entre sus piernas ágiles, como randa en volante de enagua movida al viento de su inspiración; blanca, desesperante, con alas, con reflejos, toda caricia, toda inquietud, toda desequilibrio.

Por Salomé, la muerte. Hasta por el oso que danza al son del pandero, una centella de buena ventura.

Para la danza, la estrofa; para el remolino, el aplauso; para el vértigo, la insensata canción.

RESPECTABLE público!

—¡Damas y caballeros!

—¡El templo de la Risa!

—¡El tiro eléctrico!

—Entren, señores, entren y vean el incomparable museo de figuras de cera, con todos los crímenes de este siglo y de los demás siglos; los retratos de María Antonieta, de Alejandro de Rusia, el hígado de Sadi Carnot con la puñalada auténtica, las arriesgadas operaciones quirúrgicas del doctor Kameloff, la bruja tirolesa con sus horóscopos infalibles, la viuda malabar quemándose en la pira funeraria de su señor esposo. Parecido exacto, movimientos absolutamente naturales. ¡Entren, señores, entren!

—El Jiu - Tsiu, emocionante lucha japonesa.

—Que me place.

—Detente. ¿Dónde vas?

—A la lucha.

—¿Tú, predicador de la paz a ultranza, vas a penetrar en el antro de la zancadilla?

—¿Qué sería la vida si no la amenizásemos de vez en cuando con una ligera transgresión de principios? Además, ¿no hemos decidido que el Japón se lo merece todo?

—Es que los luchadores no tienen aire demasiado japonés que digamos.

—Están vertidos al francés. Olvidas que Francia es el país traductor por excelencia.

—Y si en la traducción se ha perdido el acento...

—Siempre quedarán los trompazos. Entre mos. Levanta la cabeza. El aspecto marcial es de rigor.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

DR. J. M. GREGG

CHICAGO, ILL.

1950

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

DR. J. M. GREGG

CHICAGO, ILL.

1950

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

EL JIU-TSIU

FORMIDABLES, terribles, desbordantes los luchadores. Desbordantes, digo, porque los músculos, hinchados como a fuelle, parece que quisieran romper las mallas desteñidas, sin duda del sudor de los combates. ¡El sudor! Inclinaos. La primera metáfora de la primera literatura: «Con el sudor de tu frente ganarás el pan.» Ampliando con generosidad más que humana el precepto de la divinidad, estos hombres robustos han resuelto ganarlo con el sudor de todo el cuerpo. Frentes idióticas, rostros asimétricos, pescuezos de toro; la malla descotada permite ver el prodigio carnosos de unas espaldas inacabables. Este otro luchador no gasta mallas; desnudo el torso, viste la parte baja de su individuo con calzones grasientos. Ahora todos ellos, en repo-

so y reclamo a la puerta de la barraca, se esfuerzan por ennoblecer su innoble figura, plegando sobre ella el escarlata de unas descoloridas percalinas. Y a pesar de su postura de estatua clásica, se dignan sonreír; sonreír, sí, señores, sonreír a las bellas más o menos empingorotadas que contemplan con cierto canibalismo en la mirada las superabundantes formas. Pero ya de lo alto de la tribuna, que es como un desván, caen sobre la escena, que es un inmenso colchón de muelles cercado de cuerdas, los sonos de una música. ¿La esperabais heroica, amadores del heroísmo? ¿Creísteis que estos luchadores habrían menester para excitarse los ecos de una marcha guerrera? Nada de eso: la música que la murga desgarrá—parece que el destemplado cobre tiene por misión hacer trizas toda melodía—, la música que la murga desgarrá y despeña en jirones sobre el colchón es el meliflúo vals de *Fausto*. Verdad es que en París este vals tiene múltiples e inesperadas aplicaciones. ¿No le habéis oído en la otoñal revista de *Parisiana*, hecho leitmotiv de las lamentaciones de Galley? ¿No escuchasteis cómo le trina el diablo en el *Châtelet* antes de dar el más sensacional de sus *cuatro-*

cientos golpes? Como, además, le cantan los pianos mecánicos y los ya escasos organillos, y algunos aristonos le lloran, y le gime entre hipoes el fonógrafo a la vuelta de cada esquina, no es extraño que haya venido a rebotar sobre los muelles del colchón heroico donde la fuerza bruta va a hacer de las suyas.

He aquí que un luchador se indigna:

—¿Fuerza bruta habéis dicho, grandísimo ignorante? Sabed que el Jiu-Tsiu es el triunfo de la habilidad, la ciencia matemática del enlazamiento serpentino, de la oportunidad en el movimiento, de la elasticidad y la ligereza; el músculo, el fiero músculo, la carne inconsciente, el impulso ciego, tienen poco o nada que ver en esta, sí, me atrevo a decir, intelectual competencia.

—Entonces, amigo, y usted perdone, ¿a qué esa exhibición imponente de lo que usted llama músculo fiero?

—Es sencillamente para la galería.

Miro a la galería, que en realidad no existe; quiero decir que vuelvo los ojos al público, hacinado en unas cuantas filas de sillas y bancos. Lector: todo son *ellas*. Aquí, como en tantos otros recintos temerosos y casi malolientes, lo

eterno femenino triunfa. Y como es verano, la semiobscuridad se convierte en jardín al revuelo de blancas, rosas, grises, violetas, azules sedas y muselinas, y al leve estremecerse de las flores que adornan los sombreros, y al palpitar de las gargantas—porcelana, marfil, ámbar y apenas rosa—que descubre la sutileza de los encajes. Las bocas rojas se entreabren; los dientesillos, como que se aguzan; algunas lenguas pasan sobre los labios como saboreando el gusto anticipado de una golosina; tanto se abren los ojos que las frentes se arrugan. ¡Oh, luchadores bienaventurados! El cerebro del contemplador no puede menos de experimentar cierta envidia frente al músculo fiero. De la lucha, no estando iniciado en sus intelectuales sutilezas, acaso valiera más no hablar. Frente con frente, como carneros enojados, forcejean los luchadores; péganse los brazos a los torsos desnudos; caen sobre las espaldas las manos, y suenan como trozos de carne cayendo sobre el mármol del mostrador, lanzados por el mozo carnicero; las piernas trenzan gestos de pantomima; resuenan los pechos como fuelles de fragua, al parecer sin gran esfuerzo que motive el feroz resoplido;

L A F E R I A D E N E U I L L Y

hiede insoportablemente la piel sudorosa, la pareja cae sobre el colchón; debe haber habido en la lucha vencido y vencedor; el espectador ignorante no acierta a distinguir uno de otro, puesto que los dos han caído; pero las mujercitas iniciadas aclaman al héroe, que, levantándose torpemente, saluda y va a sentarse y a rascarse en un rincón, seguido por los divinos ojos codiciosos. ¡¡Oh, fémina!!

— ¡Oh, fémina!!

— ¡Oh, fémina!!

— ¡Oh, fémina!!

— Porque esta es la vida, no lo ves, que la vida tiene que ser así.

— Y, sin embargo, por encima del ruido de la feria, la noche calla maravillosamente. Mira el cielo. No sea que de lo muy alto que como Dios se vea, una claridad lenta y gradual.

— Sí, ve la luz de la luna.

— Es el silencio. ¿No te oyes palpar como aliento de esta noche? Apenas invade el aire con sus pliegues de seda, ve sacudido los campanarios, los ruidos de las máquinas, pasa sobre los platillos... ¿Oyes respirar los ruidos?

— Es que los ruidos se van.

QUÉ silencio!

—¿Silencio? ¿Dónde?

—En la noche.

—¡Ja, ja!

—¿Por qué te ríes?

—Porque esta es la hora de la noche en que la feria hace más ruido.

—Y, sin embargo, por encima del ruido de la feria, la noche calla maravillosamente. Mira el cielo. ¿No ves caer de lo muy alto una como lluvia de paz, una claridad lenta y opalina?

—Sí, es la luz de la luna.

—Es el silencio. ¿No le oyes palpar como aleteo de ave de noche? Apenas mueve el aire con sus plumas de seda; va acariciando los campanarios, las casas dormidas; pasa sobre los plátanos... ¿Oyes estremecerse las ramas?

—Es que las mueve el aire.

—Es que pasa el silencio. Es que pasa el silencio. Dice una copla:

¡Qué callada está la noche,
qué calladita está!

Ese es su secreto, ese es el secreto del cielo: el silencio. Siempre que levantamos los ojos y vamos a buscar la inmensidad en lo alto, ella nos acoge con la regalada caricia del silencio, silencio absoluto de voces, de formas.

—¡El vacío y la nada!

—Lo mismo que en el mar, a lo lejos, donde el color del agua se funde con el color del aire en un no-color; donde el ruido de las olas, por constante y monótono, llega a no oírse y es también silencio; cuando no hay ni una vela en toda la extensión azul o gris, ni un ave en el aire, ni un árbol en la costa.

—¡La nada y el vacío!

—Como quieras. Para el alma que sabe serlo no existen palabras desoladas. Nada... vacío, lo mismo que en el valle más poblado de frondas, que en la ciudad más llena de gentes, que en el libro más henchido de bellas palabras, puede el espíritu encontrar motivo de gozo en la nada





del cielo o en el vacío del aire sobre el mar.

—¿Pensando?

—Sin pensar.

—Imaginando. Cierto que los espíritus poetas aman los espacios para poblarlos de soñadas imágenes.

—Sin imaginar. Hay un gozo que es como la esencia de todos los formales regocijos, y que consiste precisamente en sentirse nada frente a la nada; en ser un átomo más sin forma del vacío; en dejarse llevar lejos de la hojarasca de las palabras, y aun de las ideas, a una región donde tal es la fuerza del no ser, que nos permite oír hasta la sublime negación del silencio. Si vieras cómo suenan a falso todas las músicas y todas las palabras después de estos viajes a las regiones del vacío...

—Agria en efecto y destemplada suena la voz de ese fonógrafo.

—¿Qué canta?

—Anuncia la entrada al Templo de la Risa.

—¿Dónde está el Templo de la Risa?

—Delante le tenemos.

—¿Esa barraca desolada?

—La misma.

G. MARTINEZ SIERRA

—¿A cuya puerta una pobre vieja parece estar pidiendo limosna?

—Y dos chiquillos pálidos alzan miradas de hambre.

—No es muy numerosa la concurrencia.

—En la feria, el público alegre no necesita pagar para reír, y el público triste, al solo nombre de la risa, huye. ¿Qué estás ahí murmurando?

BALADA DE LA BARRACA TRISTE

BALADA DE LA BARRACA TRISTE

Orilla del mar y fragoria a lo largo del río
entre los olivos y los tarajales, o cultivada en la
villa bajo la higuera, y acaso alguno con inscrip-
ción sobre el nacimiento, cuando a mediar el su-
perior, invertebral, porque a las orillas del mar
y por las márgenes de los ríos y a la sombra de
las higueras que crecen en la loma de las villas,
las gentes van deambulando, meditativamente, y
acaso se paran a considerar lo que acontezca
de paso, siquiera sea una barraca, triste como el
pájaro y doliente, pero que, cuando estamos
en la feria, sólo la vemos. Nadie te la ha dicho!

BALADA DE LA BARRACA TRISTE

Barraca: te llamas Templo de la Risa, y eres triste como la muerte al sol. ¡Quién te aconsejó, malaventurada, venir a vender risa aquí donde hasta el aire se ríe? Vendieras amargura a la orilla del mar, o fragancia a la margen del río entre los juncos y los toronjiles, o dulzura en la viña bajo la higuera, y acaso alguno tan insensato como tú se hubiese parado a mercar tu superflua mercancía, porque a las orillas del mar y por las márgenes de los ríos y a la sombra de las higueras que están en la linde de las viñas, las gentes van despacio, meditativamente, y acaso se paran a considerar lo que encuentran al paso, siquiera sea una barraca, triste como tú, pequeña y doliente; pero aquí, barraca, estamos en la feria. ¿No lo sabías? ¿Nadie te lo ha dicho?

¿O es que no tienes ya quien te hable? Es la feria: es decir, que la risa, tu risa, que debe sonar apenas como el clamor de una campanita de barro, no hará sino perderse en el estrépito de todos los clamores. ¿Ni siquiera un clarinete alborotador ha podido alquilar tu pobreza? ¿Ni aun uno de esos focos de luz fantasmagórica ha podido encender tu melancolía? No: cuatro faroles de papel. ¿Rojos? Ni aun rojos. Color de naranja, de una naranja pálida, que lleva años y años mustiándose en el árbol, porque a cada cosecha se han ido olvidando de cogerla. Así se han olvidado de ti los que a tu lado pasan, y así, los tesoros de risa que crees poseer se están mudos e inútiles dentro de esas cuatro paredes de palos y bayetas. Estás bajo un plátano; el plátano tiene al lado un farol; sucede que la luz se filtra entre las ramas, y robando el color verde a las hojas, deja caer sobre ti, en torno tuyo, una temerosa lividez; y las gentes que acaso se detienen a oír la plañidera copla de tu fonógrafo, si levantan los ojos, se asustan al mirarse unas a otras con las mejillas verdes, los ojos hundidos, lleno el rostro de sombras de muerte, y huyen. Yo no quiero seguir a los que huyen;

yo no quiero huir de tu lado, barraca. ¿Qué precio pides por hacerme reír? ¿Unos sueldos de cobre? ¿Ni aun llega tu ambición a pedir un poco de risa de luna sobre un redondelito de plata? Aquí está el precio. Hazme reír, barraca, hazme reír.

—Señor, ¿sois poeta?

—Temo que sí, barraca.

—Dicen que los poetas no se ríen.

—Error. Los poetas se ríen como los niños, estrepitosamente, inmotivadamente; unas veces, porque hace sol; otras, porque el aire está tibio; otras, porque en toda la tierra que alcanzan a ver no hay causa ninguna capaz de mover a risa a todos los señores gordos que pasan a su lado; algunos días, porque las amapolas son muy alegres sobre el verdor de un campo de trigo; otros, porque un borracho ha cantado una copla contra un rey, o porque un rey ha dicho en un discurso *mi pueblo muy amado y mi muy querida libertad*. Bien puedes, por lo tanto, barraca, abrir para mí el tesoro de tus plásticos chistes, segura de que habré de reírlos, sean risibles o no lo sean, con la mejor voluntad del mundo.

—Entrad, señor.

—Obscuro está el recinto.

—Es para que resulten más visibles las ilusiones de óptica. Mirad al fondo.

—¡Qué veol

—Vuestra persona en el espejo mágico.

—Figura lamentable.

—No os entristezcáis, señor. Es sencillamente una caricatura.

—¿Tan deplorablemente largas son mis piernas, tan fieramente afilada mi nariz? ¡Horrible! ¡Horrible!

—Señor, mirad a la derecha.

—¿Quién es ese monstruo chato y panzudo?

—Señor, sois vos.

—¿Y aquel despeluznante enano de la izquierda?

—Vos también.

—¿De tantas fealdades distintas es susceptible un cuerpo solo?

—¿No os reís, señor?

—¿No tenéis otra fuente de risa más clara?

—Señor, ¿queréis que hagamos vuestra fotografía? Una, dos tres.. Quieto. Aquí está la prueba.

—¿Un asno?



BARRADAS -

—¿No os hace reir la gracia?

—Tienes razón, barraca. No me puedo reir.

Barraca: apaga tus faroles, haz callar la desgarradora copla de tu fonógrafo, y ya que la noche propicia, hasta en medio del ruido y la luz de la feria, consiente en engendrar rincones de silencio y en tender alas de obscuridad, acógete a ellas, barraca, y duérmete, como niño en cuna, como polluelo al anochecer; duérmete, barraca, ya que ha muerto en ti el don de la risa, ya que ni a los poetas que se ríen hasta sin motivo logras hacer reir, barraca triste.

ENVIO

A vos, señor Rubén Darío, maestro de los claros poetas de España; a vos, señor Jean Moréas, príncipe de los poetas de Francia; a vosotros que a la vuelta de la vida habéis encontrado, el uno, la rosa y la perfección, la perfección el otro entre las rosas del jardín de amor y sobre las alas de los cisnes, envió esta balada de la barraca triste. Porque en ella no hay ninguna flor, y porque es tan pobre, tan pequeña, tan agria de

G. M A R T I N E Z S I E R R A

voz, y, en suma, tan desoladamente lamentable, que, sin duda, os hubiera obligado a sonreír de melancolía, a vosotros, sacerdotes de la serenidad, emperadores de las rimas de mármol y de las inmortales lágrimas de diamante.

EXVII

A vos señor Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la
voz poética de Babel Dario, me vino de la

G. MARTINEZ ZIERA
la caricatura está hecha con elementos de la real-
idad.
—No la atormentes. Los ojos fatigados son
también a su modo magníficos espejos que reflejan
esas de hombres reflejan fielmente las cosas
que
CARIACONTECIDO sales del Templo de la Risa.

—Es que para hacerme reír esos bandidos no han imaginado cosa mejor que ponerme frente a frente de mí mismo, y he tenido por diversión única el descubrir cuantos elementos de fealdad contiene mi persona.

—Sí que es deplorable la aventura.

—Yo que me hacía la ilusión de ser siquiera interesante; yo que con cierta complacencia acostumbraba a recrearme en la amplitud pensadora de mi frente, en la profundidad acariciadora—me lo ha dicho una inglesa—de mis ojos, en la leve ironía del pliegue de mis labios. Desde ahora, te lo juro, no me será posible ponerme con tranquilidad frente a una mujer: siempre temeré ver pintarse en sus ojos la terrible flaqueza de mis piernas, la obesidad grotesca de mi abdomen, la inacabable sima que me otorga por boca el espejo mágico; porque, no cabe duda,

la caricatura está hecha con elementos de la realidad.

—No te atormentes. Los ojos femeninos son también a su modo mágicos espejos, que tratándose de hombres reflejan únicamente las perfecciones.

—¡Ay, no, no! Ahora comprendo el secreto de tantas risitas, al parecer inofensivas, que ha ido suscitando mi presencia en paseos y playas entre las inocentes niñas casaderas.

—El inocente eres tú. Esas risitas no eran más que campanilleos argentinos para hacerte volver la cabeza.

—Te aseguro que se burlaban de mi fealdad.

—¿Pero tú crees que una mujer tiene ojos en el mundo más que para su propia hermosura?

—Es que muchas de las que se han reído a mi paso eran feas.

—Todas sueñan que son bonitas. Además, el deseo de agradar ha encontrado consoladoras compensaciones, que, sobre poco más o menos, significan lo mismo: amable egolatría. La gracia, el mirar pícaro... Los novelistas psicólogos les han descubierto el falaz subterfugio de la línea sugestiva como consuelo a la falta de for-

ma; todas nuestras ingenuas saben ya los cuarenta significados que puede tener aquello de *perfil deliciosamente curvo*. A fuerza de teoría estética, la fealdad femenil ha desaparecido, teóricamente; pregúntaselo a ellas: el sexo débil está individual y universalmente satisfecho de sí mismo. Al bajar la escalera de un teatro, ¿has observado que ni una sola hembra deja de contemplarse en el espejo del descansillo?

—Ni una sola hembra ni un solo hombre.

—Ellos se miran en el cristal porque es el único modo de encontrar frente a frente los ojos de ellas.

—¿Lo dices con la mano sobre el corazón?

—¿Por qué no?

—Porque yo los he visto también contemplarse largamente al bajar la escalera del círculo. Por mi parte, quisiera ser Apolo.

—Ya tienes la lira.

—Pero me faltan las bellas formas, y las mujeres no suelen tener muy buen oído.

—En cambio, tienen el corazón misericordioso; al solo nombre de *marido futuro*, le nace al más feo una aureola que deja pálidas a las más otoñales puestas de sol.

—Es que por ahora no quiero casarme.

—¿Inmoralidades tenemos? Después de todo, más vale así.

—¿Tú crees que vale más?

—Hagamos la prueba. ¿Cuánto dinero tienes en el bolsillo?

—Dos francos en cobre, más cinco en plata que Nadina no acertó a descubrir. ¿Bastan para dorar mi fealdad?

—Y sobran. Niñas, ¿quieren ustedes subir con nosotros a la montaña rusa?

—¿Y si nos mareamos?

—Contamos con ello.

—Preferimos subir en el columpio.

—Al columpio le falta panorama; en la montaña rusa, a pesar de rusa, podemos dar la vuelta a los Alpes. Vean ustedes el azul paisaje que el arte complaciente ha creado para nosotros. ¿No les atraen a ustedes las cimas?

—El columpio, cuando sube, sube tan alto como una montaña.

—Echemos la elección de altura a cara o cruz.

—Y mientras sube y baja la moneda, oigamos la contienda imposible que va por los aires.

CONTIENDA DEL COLUMPIO Y LA
MONTAÑA RUSA

CONTIENDA DEL COLUMPIO Y LA
MONTAÑA RUSA



RATTADA -



CONTIENDA DEL COLUMPIO Y LA MONTAÑA RUSA

LA MONTAÑA RUSA

Pomposamente.

Porque yo soy eminencia y soy abismo, y no una sola vez, sino diversas; superior en esto a la vida del hombre, que sólo una vez sube y una sola baja definitivamente.

EL COLUMPIO

¡Mísera y necia! Tanto, que para hacer tú misma tu propio elogio, necesitas el deleznable sostén de un símbolo. Yo soy el columpio, y en esto que soy está mi excelencia.

LA MONTAÑA RUSA

Yo ruedo de alto a bajo, trepo de valle a cumbre, vertiginosamente.

EL COLUMPIO

Y cuando trepas y cuando te derrumbas, sue-
nan que es una compasión los resortes de tu
maquinaria. Yo soy casi libre, casi libre como
el pensamiento, puesto que el único impulso
que me mueve está en el deseo de quien me
monta.

LA MONTAÑA RUSA

La altura de mis cimas da vértigo.

EL COLUMPIO

Pero no puedes subir más allá. Y el que se
mece en mi barquichuela tiene su cumbre en su
propia fuerza. ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! Al cielo, niña,
que te mece tu amante.

LA MONTAÑA RUSA

La profundidad de mis cuatro abismos es te-
merosa.

EL COLUMPIO

Pero son cuatro. Y mi abismo es toda la

L A F E R I A D E N E U I L L Y

noche, toda la honda, aterciopelada sombra de la noche.

LA MONTAÑA RUSA

Tengo nervios de acero.

EL COLUMPIO

Y yo cuatro cuerdas, que son como nervios y como alas. ¡Se tienden, se tienden, se tienden! Ya está la gentil columpiadora cara al cielo. ¡Uy, y cómo relucen las estrellitas! Se aflojan... ¡al abismo! ¡Ay, que me arrancan el corazón! Se vuelven a tender. Ya está la niña cara al amante. Y él y ella tienen, para mover las cuerdas, los brazos abiertos como para un abrazo.

LA MONTAÑA RUSA

Que nunca llega.

EL COLUMPIO

Pero que, como siempre, es esperanza, nunca sabe a hiel de desilusión.

LA MONTAÑA RUSA

¡Monsergas! Los amantes que suben y bajan,

G. MARTINEZ SIERRA

que suben y bajan en mis automóviles, unidos
en un grito y en un abrazo, gustan a boca llena
la golosina inmortal.

EL COLUMPIO

Pero no lo saben: tal miedo llevan.

LA MONTAÑA RUSA

¡Miedo! Esa es tu defensa, barquichuela in-
noble.

EL COLUMPIO

Inmortalizóme entre frondas Fragonard, con
toda suavidad de galantería.

LA MONTAÑA RUSA

¡Inocencias del siglo XVIII! Tan inocente es el
placer que das, que sólo diviertes a los niños.

EL COLUMPIO

Dios los bendiga.

LA MONTAÑA RUSA

Tienes vaivén de cuna.

EL COLUMPIO

Como el mar, como las barcas que van sobre él, como las frondas, como las canciones de madre, como los pechos de una mujer que duerme, como la ilusión de movimiento de las naves de una catedral, como la rama que sostiene al pájaro, como la araña que cuelga del hilo, como el huso en la mano de la hilandera, como el cubo en la cuerda del pozo. Has de saber que el vaivén de cuna es la clave del movimiento del mundo.

LA MONTAÑA RUSA

No te faltaba otra cosa que echártelas de trascendental. Yo corro, corro, corro; yo subo y bajo; yo tengo mucha luz y un organillo; yo hago gritar de susto y amar de miedo; yo abrazo la cabeza, y aligerando el corazón, hago nacer entre los labios las palabras locas. ¡Ruido, ruido! Los Alpes, el cielo, la pendiente, la caída de Lucifer rebotando peñas abajo. Suban, señores, suban, y dejen en paz a ese pobre columpio, que todavía está soñando con el merendero a orillas del río, donde la niña finge que da gritos de rubor y patalea para lucir la pantorrilla.

EL COLUMPIO

¡Por las borlas de seda de mis cuerdas! Eres una grandísima desvergonzada.

LA MONTAÑA RUSA

Y tú un inocente, que te mueres de ganas de dejar de serlo.

EL COLUMPIO

¿Cuántos siglos hace que las perdiste tú?

LA MONTAÑA RUSA

Acabo de nacer, querido, y nací sin ellas; porque has de saber que soy eléctrica.

EL COLUMPIO

¡Mala hembra! ¡Cuesta de mentirijillas!

LA MONTAÑA RUSA

¡Cáscara de nuez!

EL COLUMPIO

¡Abismo de cartón!

L A F E R I A D E N E U I L L Y

LA MONTAÑA RUSA

¡Columpio!

EL MOVIMIENTO

Orden, súbditos y amigos, orden. He aquí el origen de todos los conflictos: la obstinación en la apreciación de la excelencia de los propios y peculiares modos de movimiento. Tú, montaña rusa, corres mientras subes y bajas, porque no puedes dejar de correr. Tú, columpio, mientras subes y bajas, te meces, porque no puedes dejar de mecerte. Pero ni tu carrera es superioridad, ni tu vaivén poesía; son... movimientos diferentes; por lo cual, cesad en la contienda, y ande el movimiento.

—Entonces saltaron al colunpio.
—Ei la suerte indio la montaña rusa.
—Precisamente. Contra la suerte, la voluntad.
—Dició el capicó.
—Que es la voluntad venida de color de rosa.

CAYÓ la moneda?

—Cayó.

—¿Cara?

—Cruz.

—Hay una ligera dificultad.

—¿Y es?

—Que no habíamos decidido cuál, la cara o la cruz, representan la montaña o el colunpio.

—Es verdad.

—¿Qué haremos entonces?

—Volver a tirar, decidiendo.

—¿Se acuerda por unanimidad que la cruz representa la montaña rusa?

—Acordado.

—Una, dos, tres...

—Cruz.

G. MARTINEZ SIERRA

- Entonces subamos al columpio.
- Si la suerte indica la montaña rusa.
- Precisamente. Contra la suerte, la voluntad.
- Diréis el capricho.
- Que es la voluntad vestida de color de rosa.

EL AMOR SE MECE

EL AMOR SE MECE

EL AMOR SE MECE

MIENTRAS los columpios vienen y van, vienen y van, suben y bajan, ellos y ellas repiten la canción de siempre. Acaso no es mucho el amor; pero siempre es amable, y la noche le presta un aterciopelado de misterio, y las pausas con que le rompe a veces la violencia de una sacudida, bien pueden tomarse por silencios llenos de pasión. Con todo esto, la música del órgano de la montaña rusa, un poco lejana, se torna emocionante; los árboles que están en la avenida, junto a los columpios, se dignan otorgar a la charla de los amadores la complicidad de unos cuantos leves suspiros. Y los amadores, no enamorados, pero decididos a repetir las sutiles palabras y los amables gestos del amor, hablan.

ÉL

Estoy seguro de que ha nacido usted en un día de sol.

ELLA

¡Ja, ja! Y ¿por qué?

ÉL

Porque se le ha quedado a usted la luz presa en el cabello.

ELLA

Es que en la barraca de enfrente hay un farol amarillo, y refleja. ¿Le gusta a usted el cabello rubio?

ÉL

Me gusta usted.

ELLA

¿Por lo de rubia?

ÉL

Por lo de divina.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

ELLA

Eso es casi un verso.

ÉL

Porque es casi amor.

ELLA

¿Casi nada más?

ÉL

De usted depende que cambiemos el casi por un demasiado.

ELLA

¿De mí? ¿Y qué tengo que hacer?

ÉL

Haga usted el gesto mágico. Pronuncie usted la palabra conjuro.

ELLA

Suponga usted que la he pronunciado. ¿Qué sucederá?

ÉL

En primer lugar, que le daré a usted un beso, en agradecimiento a la intención de pronunciarla que ha florecido en esos labios rojos.

ELLA

Cuidado, que si suelta usted las cuerdas, vamos a naufragar por el aire.

ÉL

Olvida usted que el amor tiene alas.

ELLA

Olvida usted que le han dejado sin ellas los poetas, a fuerza de arrancarle plumas para escribir versos de amor.

ÉL

¿Quién le ha contado a usted esa herejía?

ELLA

La leí en un poema hace mil años.



BARRADA-



L A F E R I A D E N E U I L L Y

ÉL

No haga usted caso a los poetas.

ELLA

Y usted, ¿qué es?

ÉL

Un enamorado.

ELLA

¿Del amor?

ÉL

De los cabellos rubios de usted.

ELLA

¿Y cuánto cree usted que durará el arre-
chucho?

ÉL

Toda la vida, más un día.

ELLA

Si nos contentásemos con la mitad de la aña-
didura...

ÉL

¿La mitad?

ELLA

La mitad de un día es una noche. Yo, en cuanto amanece, tengo que marcharme a trabajar. Soy florista.

ÉL

Como Mimi.

ELLA

¿Quién es Mimi?

ÉL

Fué una sublime enamorada de los trajes de seda, los sombreros con plumas y la risa, que acabó por morirse de amor a un poeta.

ELLA

¿Que le dió los trajes de seda y las plumas?

ÉL

Que le dió muchos besos y algunos versos.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

ELLA

Eso sería en China, en los tiempos de Mari-castaña.

ÉL

Eso fué en París, hace poquito más de medio siglo. Verdad que Mimi era morena.

ELLA

Ya decía yo que algo raro debía tener.

ÉL

Usted, ingrata, no consentiría en morir por mí.

ELLA

Me parece más práctico empezar la aventura por la risa. La muerte vendrá después, si viene. Riamos.

ÉL

Vuela, columpio.

Porque el columpio continúa volando y el amor meciéndose, subiendo y bajando, subien-

G. MARTÍNEZ SIERRA

do y bajando, los fragmentos de palabras sutiles revolotean por el aire y caen como granos, de mano de una sembradora, y entre la multitud germinan y florecen, y así hay por toda la feria una embriagante fermentación de amor.

Sí que es cierto. Pasan en todas direcciones parejas con aspecto incendiario.

—Un estudiante y una modistilla.

—¡Cómo se rien!

—Un chiquillo rubio y una maravillosa cuarentona.

—¡Qué serios van!

—Es que ella representa, en honor a los muchos luises y a los pocos años de su conquistador conquistado, la comedia de mujer fatal.

—El viejo y la niña.

—¡Pobre criatura!

—Pobre de él. ¿No has visto los dientecitos aflados de ella?

—El viejo la sonrío paternalmente.

—Y ella sonrío con fraternidad de mal agüero al grupo de golfillos que les cruza al paso.

—¿Prólogo de una historia de apaches?

—¿Por qué no? El viejo tiene cara de haber llegado ayer de su provincia.

—De la fragante América ha venido, sin duda, por el último transatlántico, ese joven de arrogante apostura, sonrisa seductora y afilado bigote.

—Hasta aquí llega el argentino son de los pesos, que en el bolsillo del chaleco, y en todos los bolsillos, se le están muriendo de impaciencia por echarse a rodar.

—Feliz la ingenua que le prenda en la red.

—Un español.

—¿En qué le has conocido?

—En el ruido que mete.

—Y lleva del brazo a una obrerita apetitosa en rubio, que es un encanto.

—La *matchisse* en acción.

—A propósito de *matchisse*. Me escriben de España que el sugestivo bailecito traspasó el Pirineo como Cyrano, y este año ha hecho furor en la verbena de la Paloma. Le han cambiado la música, pero queda el *meneo*.

—¡Viva París de Francia!—como dirá más de una compatriota al zarandearse a compás del *schotiss* traducido.

—¡Ole!

—¿Qué quiere decir ole?

—Ole, frágil, dulcísima, golosa parisiense de los rizos rubios, no es una palabra: es un clavel que en mi tierra les nace al paso a las niñas bonitas, a los toreros valientes, a las bailadoras con gracia, que tú irías cosechando, no a ramos, a matas, en cuanto te decidieses a pisar la patria del garbanzo y del cielo azul.

—De la noble Inglaterra acaba de desembarcar ese trío de fieros ingleses, que hienden la multitud con paso gimnástico, y se acercan al tiro de carabina.

—¡Qué serenidad!

—¡Qué seguridad!

—¡Qué majestad!

—¡Rule Britannia!

—Carabina al hombro.

—El blanco tiembla.

—No es para menos.

—¡Pim! Pipas al suelo.

—¡Pam! Al suelo el monigote de cartón.

—¡Pim! Otra pipa.

—¡Pam! Otro mono.

—¡Pim! Ya no quedan blancos.

G. M A R T I N E Z S I E R R A

—¡Cómo se le alarga la cara al dueño del tirol!

—¡Pam! Estalla la bola del surtidor.

—Quebró la banca.

—Dejan las carabinas.

—Pagan.

—Miran en torno con toda dignidad.

—Y se marchan como han venido.

—Hendiendo la multitud.

—A paso gimnástico.

—¡God save the King!

—¿Dónde vamos, niñas?

—A ver las figuras de cera.

—No, que dan miedo.

—Sí, que hacen reír.

—Precisamente allí está la barraca.

—¡Y con crímenes!

—¿Te gustan los crímenes, emperatriz de amor?

—Me muero por ellos. Ocho a un tiempo, más el folletín, estoy siguiendo esta semana en el periódico.

—Ocho en siete días. ¡Pobre Francia!

—De algo ha de vivir la gran Prensa.

—Pasen, pasen, damas y caballeros.

LAS FIGURAS DE CERA

LAS FIGURAS DE CERVA

LAS FIGURAS DE CERA

Porque estas mujercitas, casi tan pálidas como vosotras, han querido admirar vuestra palidez, entro a visitaros, despeluznantes figuras de cera. Sois el terror. Porque estáis inmóviles, porque tenéis ojos de cristal y cabellos de muerto. Los ojos de cristal no se cierran nunca. ¿Y no es horrible imaginar que a la media noche, cuando las luces de la feria se apaguen y el ruido se duerma, cuando la barraca sea toda una sima de sombra, vuestros ojos seguirán abiertos, figuras? ¿Y que el amanecer los encontrará abiertos? ¿Y que si el mediodía pudiese atravesar las tablas y los paños de vuestra barraca, en ellos siempre abiertos se quebraría el rayo de su sol? Y cuando viene la noche de nuevo, ni un solo instante, figuras, habéis podido cerrar los ojos.

Así tienen ellos, a fuerza de cansancio, ese espantoso mirar de rencor, que da miedo, miedo. Y, aún más, vuestros cabellos de muerto, en las pelucas que no quieren rizarse y penden lacias, en vuestras agresivas barbas hirsutas, donde la polilla asienta su reino.

Sois el horror. Vuestra palidez es amarilla y verde, como musgo y hongo de sepulcro. Oléis a tierra y cera de cementerio, a humedad de cripta, a moho de arca vieja, a toda la vejez. Y más a viejas cuanto más pintadas. ¡Qué lamentable el carmín que el pincel deja en vuestras mejillas, figuras, y el negro de vuestras negras cejas, o el espanto dorado de vuestros bigotes cuando queréis representar a un zar rubio, o de vuestros bucles cuando sois el rostro espantado de María Antonieta! ¿Y si por ventura, sobre vuestra irremediable demacración, quiere albear el lino de un turbante? Quiere, digo, porque vuestras vestiduras son tan de sepulcro como vosotras mismas. ¿Por qué, sobre las figuras de cera, todas las sedas han de mostrarse descoloridas, arrugadas y lacias; pelados todos los terciopelos; empañadas y color de cobre todas las lentejuelas; apagadas todas las perlas; amarillos

L A F E R I A D E N E U I L L Y

todos los diamantes; renegrída toda blancura y toda negrura verdegueante? ¿Por qué, pobres figuras, las que estáis en pie habéis de tener siempre las botas rotas? ¿Acaso porque sois de cera? ¿Acaso porque el aire que finge vuestros pies se cansa de estar preso en la afrenta de unas botas, y estalla? Remedo de los hombres y de las estatuas, he aquí que la vida de ellos y la belleza de ellas se venga de vosotras, y así sois feas, feas de muerte. ¿Y cuando por desdicha representáis un monstruo, el contorsionado y horrible cuerpo de un monstruo? La faz no humana, las ralas piernas, las manos gafas, el quebrado espinazo... ¿O si sois Raddica y Dodica, atadas una a otra por la carne, como a un inacabable tormento? ¿O si sois la bruja encerrada en la urna de cristal, que cuece malas hierbas en su caldera y señala con el dedo el destino? ¿Y si queréis representar la muerte, muertas figuras? ¿Y si a más de la muerte, la sangre sobre el cuerpo herido? ¿Habrá quien os pueda mirar sin espanto, sin frío, sin odio, sin odio interminable?

En el fondo, la luz de Bengala, esa luz que ni oscila ni se está quieta, diríase que tiembla y

que suda. Bajo la luz, la hoguera, con otras luces de Bengala también, que destiñen sombras de llama entre los troncos; sobre la pira, la figura de cera, que es el guerrero muerto; un jefe malabar—dice el catálogo—. Sobre el cuerpo del jefe, una terrible forma; entre los paños de una túnica blanca, la cera ha modelado unos brazos morenos, un pecho, una garganta, un rostro de mujer; el cristal de los ojos es negrísimo; la peluca, más lacia que ninguna, azulea de negra también; los brazos están atados a un palo, porque la figura de cera representa a la viuda del guerrero, que muere achicharrada en la hoguera. Imaginad que la más fea bruja del miedo ha intervenido en este fúnebre artificio, porque pecho, garganta y ojos se mueven. ¡¡Se mueven!! Y este es el grande horror, porque se mueven con la más realista contracción de espanto, como si estuviesen sintiendo las culebras de llamas pasar sobre la piel y correr cuerpo arriba, cuerpo arriba, camino del vientre, camino del pecho; la boca se tuerce, la garganta jadea, los ojos se abren desesperadamente; las bengalas hacen palidecer el rostro...

Figuras, sois el miedo; figuras, sois el escaló-

L A F E R I A D E N E U I L L Y

frio y el sudor helado; caricaturas de la vida y de la muerte, figuras de cera. ¿Habrá una maldición en el vocabulario de un poeta? ¡Sea para vosotras!



MIRAFLORES-



Ay! ¡Qué gusto da respirar aire libre!

—Y pensar que no hemos nacido en el país de las viudas malabares.

—¡Pobre mujer! ¿Cómo se deja achicharrar tan resignadamente?

—Porque en su tierra dicen que esa es la ley.

—Una ley que habrán hecho los hombres.

—Naturalmente.

—Sois muy graciosos los hombres cuando os ponéis a jugar en los códigos con la vida de las mujeres.

—Te advierto — después de agradecerte el haber suprimido el usted — que yo no he perpetrado ninguna ley.

—Pero la perpetrarás, si llega el caso. Tienes cara de legislador.

—No me ofendas.

—¿En qué estás tú pensando tan callada?

—En que no alcanzo a comprender el gusto que después de muerto puede sacarle el guerrero malabar a que su mujer se achicharre.

—Después de muerto, no; pero es una voluptuosidad que ha estado saboreando largamente mientras vivía. La seguridad de ser único aun después de muerto es un goce que casi todos los europeos envidiarán al jefe malabar.

— ¡¡Ah!!

—Es un sentimiento muy masculino.

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Qué significa ese todo?

—La voluptuosidad muy femenina que siente la mujer al vengarse por adelantado, con la diversidad de amor, del exclusivismo en amor de su amante. Pienso que la viuda malabar debe vengar gloriosamente, en vida del esposo, el triste destino que le aguarda a su muerte. Junto a la hoguera funeraria, estaba en pie un soldado de muy buena facha, sin duda compañero del difunto, y que parecía hecho de encargo para el sublime empleo de vengador.

—Niña, niña, eres inmoralísima.

—¿Lo lamentas?

—Te abrazo.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

—Más vale así.

—¡Horror!

—¿Otra viuda?

—¡Un perro con cabeza de cabra!

—¡Una criatura con dos cabezas!

—¡Una gigante!

—¡Dos enanos!

—¡Un niño con tres manos en el brazo derecho!

—¡Una mujer con hocico de cerdo!

—¡Otra con barba de padre capuchino!

—¿Pero es que en París fabrican los monstruos a máquina?

—Vamos a entrar en aquella barraca, que hace una música muy alegre.

—¿Alegre dices, y da gana de morir de pena?

—Eso consiste en el modo de oír. A mí, cuanto más ruido hace, más me alegra la música.

—Entremos.

LA VENUS DE MILO

LA VENUS DE MILO

LA VENUS DE MILO

LA barraca es pequeña, toda vestida de jerga carmesi; luces de acetileno se obstinan en arrancar reflejos a los oros mustios que la decoran; un *tamtam* y un *gong* hacen como reclamo una música desaforada; es como una feroz puñalada de sonos discordes, que hace presentir algún misterio contra naturaleza; de hecho, la barraca pertenece a la serie de museo de monstruos. Ya viene el corazón fatigado de contemplar exhibiciones de deformidad; ya la giganta ha levantado con harto malhumor la seda, ¡ay, tan mustial, de sus faldas para dejarnos ver la autenticidad de una pierna que mucho más valiera no haber visto; el gigante, en traje de granadero, ha paseado lúgubrementemente ante nosotros el horror esquelético de sus zancas, y ha *echado el guante*,

que es una escudilla, para recoger unas cuantas monedas de cobre con toda la dignidad debida al uniforme, emblema de las épicas glorias de Francia. Sabiendo que no hay nada capaz de conmover el corazón sensible de los parisienses como la evocación del *pauvre petit soldat*, los monstruos, que suelen tener buen sentido práctico, han decidido vestir de uniforme; el pabellón heroico cubre la mercancía lamentable, la sombra de las alas de la patria es amparo de la deformidad, y el monstruo va viviendo. También hemos visto la cabeza descomunal del enano, bola horrible que dobla a su peso todo un cuerpecillo raquíptico; y el corsé sin límites de la mujer atleta. Y la barraca de figuras de cera ha tenido la amabilidad de ofrecernos la reproducción exacta de los monstruos lejanos, de los monstruos pretéritos, hermanos siameses, mujeres con hocico de jabalí, manos de ocho dedos... ¿Qué nuevo horror puede guardar esta barraca? ¿Qué inesperado estremecimiento anuncia la agria música y cobija la jerga desteñida?

Entremos. Es la Venus de Milo. Imaginad que la diosa mutilada tuvo catorce años; que fué pálida y triste; que antes de florecer en comple-

ta y arrogante hermosura, su carne fué un capullo de carne, capullo desmayado de sed; que el rodete deshecho desparramó sobre la espalda una madeja rubia, mies de melancolía, peso cruel por excesivo para la menuda cabeza. Imaginad que algún profanador vistió el cuerpo sin brazos de terciopelo carmesí, que cortó el traje a una moda remotamente turca—así las piernas están como perdidas en anchos pantalones y el pecho se aplasta bajo los alamares de una chaquetilla que ha querido ser oriental y es torera—. Imaginad también que los ojos sonríen dulcemente y que la boca se pliega en un mohín de angustia, como si quisiera echarse a llorar. Este es el *monstruo* amable y doloroso de la feria. Un cartel da a la niña un nombre indiferente y explica cómo nació sin brazos. Ella está en pie, a un lado de las tablas, dejándose mirar, resignadamente, con la vista muy lejos. ¿En qué sueña? ¿Acaso en el pueblo donde ha nacido? ¿Acaso en la madre que la vendió? Muñeca de dolor, tus ojos tienen color de agua. ¿Acaso le tomaron del agua de un arroyo que pasaba cantando junto a tu cuna? Tus cabellos, ¿han aprendido acaso su rubia palidez de algún campo de espigas?

Pero ¿caso has visto jamás campos ni arroyos? ¿Habrás nacido en la miseria negra de una gran ciudad? Y el precio de tu cuerpo sin brazos, ¿habrá servido a un hombre para comprar embriaguez y vicio? ¿Eres hija de amor, y el amor se ha vengado de ti? ¿O hubo una maldición sobre tu carne, que te cortó las alas? Dolorosa, diosa dolorosa, ¿quién te amará por el misterio de tus ojos de agua, que al sonreir quisieran llover; por tu boca tan roja, roja flor sobre tus pálidas mejillas? ¿O a quién amarás tú, hacia qué corazón irá el tuyo, hacia qué brazos, buscando el abrazo que tú no puedes dar? Eres toda de sueño y de tristeza.

—Respetable público—dice la fiera explotadora—, esta niña que ha nacido sin brazos, la mayor maravilla del siglo, hará delante del respetable público sus incomparables ejercicios.— ¡Ejercicios! La estatua se conmueve y sonríe otra vez, pronta a divertir a los espectadores con las contorsiones de su pobre cuerpo. Y el poeta se dispone a huir por no echarse a llorar o no acabar a puñaladas con la hembra bigotuda y grasienta que hace empresa y negocio de esta malaventura. Mirándole marchar, la pobre

Venus sonrió una vez más, amarga y blandamente; parece que en el pliegue de sus labios hay una compasión irónica. Parece decir el agua de sus ojos:—¿Tú, que eres hombre y fuerte, no podrás sufrir esta farsa, que yo noche tras noche, juglaresa triste, estoy obligada a soportar? ¿Yo, débil y pálida, habré de resignarme a retorcer el cuerpo, y tus ojos no han de poder acompañarme y seguir mis dislocaciones humillantes con la caricia de tu compasión? Sé fuerte ante mí, desvalida, y mírame y compadéceme.—El poeta se queda, y entre los ojos de él y los ojos, ahora fieros, de la mutilada, una mano invisible va retorciendo cuatro hilos de diamante; poco a poco ella sonríe, como aliviada de un dolor tenaz de garra clavada en el pecho, y la boca de él se crispa, y sus miradas centellean, porque su corazón se ha hecho heredero de todos los rencores que estaban hasta ahora en el pecho de la desheredada, y bajito, como si dijera una oración, va pronunciando palabras que son dulces y riman bien, versos a la hermosura y al dolor, a los cabellos y a las espigas, a los ojos verdes y a los arroyos, a los brazos ausentes, a las alas muertas antes de nacer, a la no-

che... Y cuando llega a rimar en honor de la noche, piensa, con tristeza más honda que la sombra nocturna y más fría que la misma luz de la luna:—Venus de la noche, ¿dónde ocultas de día tu cuerpo sin brazos? ¿Dónde lloras de día cuando han dejado de ampararte las tinieblas de la jerga carmesí de esta barraca y el terciopelo de tu desconsolado disfraz de odalisca?

EN qué sales pensando tan románticamente?
—¿No lo has oído? Pensaba en dónde pasará
los días esa pobre belleza sin brazos.

—Probablemente, durmiendo en la *roulotte* por
esos caminos de Francia.

—Es verdad: en la *roulotte*.

—¿No has visto cómo hay una detrás de cada
barraca?

—Sí, es la casa de los titiriteros, de los do-
madores, de los payasos, de los monstruos, de
los comediantes, de los fantoches.

—El envidiable hogar de toda la farándula.

—¿Envidiable?

—¿No te gustaría ir viviendo—conmigo por
supuesto—en una de esas casas-coches, hogares
con ruedas, chiquitas como todo lo bueno, con
puertas diminutas, con cortinas blancas y per-
sianas verdes, con ventanas más regiamente pri-

vilegiadas que las de ningún palacio real, puesto que a cada instante se ve por ellas un aspecto distinto?

—Nunca había pensado en ello. Puede que sí.

—Seguramente. Vivir al sol, dormirse a la luna.

—Hacer en el campo comiditas como de muñecas.

—Peinar al aire libre tus cabellos rubios.

—¿Sin espejo?

—¿A que están esperando los arroyos?

—Los arroyos son malos espejos: el agua se mueve y refleja la luz.

—Siempre te quedaría el recurso de mirarte en mis ojos.

—¿A ver? Son negros. ¡Qué chiquitita estoy allá dentro, dentro!

—¿Tampoco te sirven?

—Para peinarme, temo que no.

—No te apures. Pondríamos en nuestra *roulette* todos los espejos necesarios a tu felicidad, y seríamos imperialmente dichosos. ¿Te gusta el campo?

—¿Como Saint-Cloud?

—Mucho más campo que Saint-Cloud.

—Nunca he llegado más allá.

—¿Has nacido en París?

—En pleno bulevar Saint-Michel.

—Mejor que mejor. Así, en nuestro viaje, tendría yo el placer de revelarte la Naturaleza. Aprenderías a mirar conmigo los bosques, las praderas. ¡Si vieras qué incomparablemente hermosas son las praderas! Figúrate un color que vive, un verde que palpita y que acaricia, hondo, jugoso, y sobre él la inquietud de los tallos de las flores, blancas, amarillas, a veces azules, y el rojo de las amapolas. Al amanecer hay un gozo cada día nuevo, y un letargo sabroso a mediodía, y una quietud inquieta cada anocheecer. Y en cada hora intermedia, una desconocida vibración armoniosa... no, melodiosa... ¿Comprendes tú la enorme diferencia que hay entre melodía y armonía?

—¿Y duran mucho esas praderas?

—¿Cómo si duran mucho?

—Quiero decir que si tarda uno mucho en acabarlas de pasar.

—Según lo de prisa que vaya la *roulotte*.

—Si te parece, pondremos los caballos a galope.

—¡Ya te aburren!

—No, no. ¿Hay tiendas?

—Si es el campo...

—¿Hay sillones de mimbre como en los restaurantes del Bois de Boulogne?

—Hay la tierra por lecho y el cielo por dosel.

—Pero en la tierra hay bichos feroces: hormigas, serpientes, y en el aire mosquitos y vampiros que chupan la sangre.

—¡Vampiros!

—Lo dice una novela que hemos leído en el taller.

—Tonterías. En la tierra, en el aire, en el cielo hay alegría, bienaventuranza, azul, tibieza, olor a flores. ¿No has visto que todas las ferias son en verano? Así, para llegar a tiempo, todas las *roulottes* hacen el viaje en primavera.

—Pero en alguna parte les cogerá el invierno. Debe ser triste el frío dentro de una *roulotte*.

—El invierno no existe para los errantes, porque van caminando con el sol.

—Sin embargo, los días en que llueve...

—Todos los días hay un rincón de mundo en que brilla el sol que tú llamas de mayo.

—¿En diciembre?



—[unreadable]



L A F E R I A D E N E U I L L Y

—Hay tierras donde por Año Nuevo va la gente a tomar baños.

—¡Guasón!

—Y otras en que no llega nunca la hora de bañarse.

—¿Porque no hay tren que los lleve a Trouville?

—Porque está helando todo el año.

—Es curioso.

—Tú crees, deliciosa e ignorantísima parisiense, que cuando llueve en París, llueve en todo el mundo.

—Naturalmente.

—Adorable psicología. Desengáñate luminosamente. Si vienes conmigo, puedes elegir para nuestra vida la estación que prefieras. Tu sol favorito brillará cada día sobre nuestro amor.

—Si tomásemos un cuartito en Montmartre.

—¿Eso es todo lo que te ha conmovido mi bucólico acento?

—Otra barraca.

—Los pieles-rojas.

—¡Qué gentes tan raras!

—Ahí tienes una *roulotte*, que para venir, si

G. MARTINEZ SIERRA

viniera, de la tierra de sus moradores, habría
tenido que atravesar el mar.

—Si entrásemos.

—Te advierto que no te vas a divertir. Es una
barraca melancólica.

LOS PIELES-ROJAS

LOS PIELES-ROJAS

LOS PIELES-ROJAS

HABÉIS leído, de los diez a los quince, las *Aventuras de mar y tierra*, del capitán Mayne-Red? Si así es, perduran en vuestro recuerdo fantasmas de caudillos de la noble raza de los pieles rojas. ¿Habéis olvidado al gran jefe de los Semínolas, a los indios apaches, a los comanches, a los cazadores de cabelleras? ¿No dejáis desbridado al corcel galopar por las inacabables planicies de Texas, por el lejano Oeste, por el Llano Estacado? ¿No sentís, caras pálidas, rencor hacia las caras pálidas que han ido cazando como fieras a los guerreros de piel color de bronce, de dulces ojos negros? ¿Ha desaparecido de vuestra memoria sentimental el aroma a pampa de aquel nuestro primer amor, la virgen india, la cazadora salvaje? Si aún no,

huíd de esta barraca, porque saldréis de ella con un puñal clavado en el pecho.

Yo, cronista de esta desconcertada epopeya, confieso que me paré a contemplar a los pieles-rojas con la fantasía—o acaso el corazón—aún caliente con el hervor de aquella sangre heroica. De hito en hito me los quedé mirando; eran seis; dos, mujeres. Nunca he visto caricia en el mirar como la de sus ojos de terciopelo, inmensos sobre el bronce del rostro, dulces y nobilísimos como puñalada de recto amor; el pelo azul de negro, largo, liso y brillante; dientes como los dientes más blancos, que es toda la blancura que se puede decir—leche cuajada en piedra—, y una sonrisa de inteligencia plena y superabundantemente humana, con toda la ironía y la melancolía de la mentalidad triunfadora. La frente, con esa suave depresión central que es como el valle del pensamiento. Juro que por calles, plazas, congresos y escenarios de nuestra civilizada Europa, he visto pocas luces de ojos, pocas sombras de frentes capaces de aventajar en facultad pensante a la de estos humanos de rojo cobre, que caza como fieras hace siglos nuestra pálida soberanía.

Vestidos los hombres con el largo pantalón de cuero, franjeado de flecos como látigos; de floridos percales las mujeres; tocados ellos de plumas multicores; multicores gargantillas en las gargantas de ellas; armados de afiladas armas, y por todo el cuerpo un aire de fuerza que se rinde sintiéndose inútil, de músculo que añora el salto, la carrera, el aire, la luz, la sed y la fatiga, y que, nostálgicamente, a duras penas puede respirar en el aire de una gran ciudad. Sentados a un rincón del escenario, miran entrar al público, y sonríen con toda malicia, a los sombreros, ellas, de las hembras, a los desmedrados cuerpos de los varones, ellos; y hablan con una voz de música remota en que hay libertad y guerra y hondísima dulzura. Pero comienza la representación.

Que es una danza. Dice a la puerta el gol presentador: «La danza sacra con que los guerreros se aprestan al combate.» Yo no os sabré decir cómo es la danza, para la cual los cuatro guerreros se han ceñido a las piernas una sarta de campanillas, y a la que marca ritmo, junto con las voces de los danzantes, en un canto monótono, el sonar de un tambor, largo cilindro

estrecho; no os diré cómo es, porque los ojos de una de las mujeres se han encontrado con los míos, y sonríen en pueril complicidad. Acaso ella siente confusamente, que de toda la concurrencia son mis ojos los únicos que, al encontrar los suyos, acarician un sueño en que está la nobleza de su raza. Después viene la danza de las bodas, para cuya farsa nupcial, la princesa color de canela—acaso fué princesa en sus selvas—abandona el tambor y viene a hacer papel de protagonista. El novio es arrogante; el sacerdote, grave, y el abrazo litúrgico, de toda dignidad. Pero el público no comprende ni el canto, ni la danza, y el abrazo, que debe antojársele desprovisto de todo agridulce de galantería, no le interesa. Hay modistilla que despiadadamente se ríe ante las que cree contorsiones de simio. Y la danza de los puñales, que sucede a la marcha nupcial, pasa en un desolado silencio.

Tras el cual, la morena tañedora del tambor pasa con su escudilla a recoger limosna; y va fieramente, sin mirar a las manos que dan, ni agradecer, acaso, y sin acaso, rencorosa; pero llegando al humilde cronista, se detiene, y sonríe maravillosamente toda la melancolía en sus

L A F E R I A D E N E U I L L Y

ojos y toda la malicia en su boca. Que quiere pronunciar una palabra buena; mas como sabe que no entiende su lengua, en un esfuerzo heroico busca un son de Europa, y con su voz honda y musical dice, tras una leve pausa, empleando, para agradecer, la lengua de sus odios: —¡Thank you!—Y se aleja.

Y el cronista sale soñando que es Gran Jefe en el Llano Estacado, como en su ya lejana edad heroica de los diez a los quince.

Qué te ha dicho la india?

—Gracias.

—¿En indio?

—En inglés.

—¿Es lo mismo?

—Silencio. ¡Si te oyese la libre Inglaterra!

—Los indios, ¿no son libres?

—Como el aire, como la luz. La libertad es su vida, y hace siglos tenían para toda su libertad toda la hermosura de América; pero ingleses al Norte y españoles al Sur, como aquella hermosura guardaba tesoros, decidimos que era nuestro deber ir allí a plantar cruces y a matar indios, quedándonos de paso con las riquezas, y proclamándonos apóstoles de la sacrosanta civilización.

—¡Pero eso fué un crimen!

G. M A R T I N E Z S I E R R A

—Fueron muchos crímenes; precisamente ello es lo único que los justifica.

—No lo comprendo.

—No lo comprende nadie; pero es así. Por matar y robar a un solo individuo se gana una horca, más el vilipendio; por matar a millares, robando a millones, se gana nombre de héroe, coronas de roble y agradecimiento de la patria. Todo consiste en robar y matar a la buena sombra de una bandera.

—¡Qué bonita es una banderal, ¿verdad?

—Sí. En noche de feria y sobre una barraca.

—Y los uniformes también da gusto verlos.

—Sí. En una revista, cuando hace sol.

—Y cuando son buenos mozos los que los llevan.

—Verdad. Todo tiene su momento oportuno.

—Mira: me alegraría de que fueses soldado, y de que tuvieses el bigote rubio.

—¿Por qué, adorable fémica?

—Porque sí.

—Aunque la razón es decisiva, he aquí que me es imposible complacerte, puesto que he nacido moreno, y con un deseo de vivir yo tran-

quilo y dejar que viva en paz el prójimo, que no hay más que pedir.

—Lo siento. ¿Vas siempre vestido de negro?

—Siempre. Estoy de luto.

—¿Se te ha muerto la novia?

—Se me ha muerto, desde que estoy hablando contigo, un manojito de ilusiones. No te enfades: han nacido otras.

—¿Cuáles y cuáles?

—Si te parece, dejaremos dormir a las unas, y vivir a las otras, sin preguntarles cómo se llaman.

—¿Ni de qué color son?

—Hay dos azules, una roja, dos blancas con rubor de carmín, otra en que el carmín se dora en ámbar, dos leve y dulcísicamente violeta.

—¿Son flores acaso?

—Sueña que lo son. Y puesto que las hemos evocado, hagamos un ramo con ellas, atémosle con dos de tus cabellos, y reguémosle...

—¿Con una copita de champagne?

—Temo que, a pesar de ser hijo de una nación conquistadora, mis tesoros no alcancen a una buena marca.

- ¿Tan pobre estás?
- Por toda riqueza tengo cinco francos y cuatro castillos.
- ¿En España?
- Un poco más arriba. En el aire.
- ¿Y no se caen?
- No, porque están colgados de mi buena estrella.
- ¿Cuál es tu estrella?
- Adivínalo.
- Muchas hay. ¿Aquella roja, roja? ¿Aquella blanca? ¿Aquella azul, que ya no es azul, sino amarilla, y que ahora mismo se vuelve encarnada? ¿Aquella que corre?
- Aquella que corre no es estrella.
- Pero es la más bonita.
- Lo cual es excelente motivo para que sea mía, como tú. Tienes razón. Eres sapientísima, y te adoro. ¿Qué miras?
- La novia.
- ¿Cómo la novia?
- La novia de la boda del pim-pam-pum. Es guapa, ¿eh?
- Maravillosa, con su cara de torta.
- Y su nariz de loro.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

—Y sus dientes de todos colores.

—Convidame. Quiero tirar muñecos patas arriba.

—Pelotas, mozo.





EL PIM-PAM-PUM

EL PIM-PAM-PUM

Aquí está la boda grotesca. ¡Pum! Pelotazo, y la novia echa piernas al aire, las piernas de trapo con medias blancas y zapatos viejos. ¡Pim! Pelotazo, y el lobanillo bajo el ojo derecho del novio, estalla. ¡Pam! Rebota la pelota en el rojo tumor de la mejilla izquierda, y el muñeco-novio pierde el equilibrio. ¡Pum! Allá va la madre con su cofia, su pecho postizo, su bigote y sus dientes de a tercia. ¡Cómo patalea la buena señora! ¡Bravo el impudor de las piernas gordas! Allí está el convidado que ha comido mucho y ha bebido bien. ¡Pelota a la panza! Y el buen hombre pierde el equilibrio, vacila, cae, no cae, se yergue de nuevo... ¡Pelota a la chola pelada! ¡Bien rebota en la calva la bola de estambrel ¡Pim, pam! Cayó el fantoche. Pelota azul, a los carrillos hinchados del padrino. Pelota colora-

da, a la cara lacia de la madrina. Pelota verde, a la bobalicona cara del soldado. ¡Pim, pam, pum! Patas al aire, faldas en alto, pantalones, refajos, enaguas, volantes, puntillas, todo feo y lacio y polvoriento, al viento. Carazas, haced rebotar la pelota; estallad, cráneos; deshaceos, pechos de algodón y esparto. Terremoto, batalla, bombardeo. ¡Pim, pam, pum! Todos muertos, todos desafortadamente muertos, todos cabeza abajo; botas, zapatos, chanclos, almadreñas, arriba. Esta es la boda, la grotesca boda: la novia flaca, el novio feo, la madre arpía, borracho el padre, idiotas todos los convidados. ¡Pim, pam, pum! Y todos caen a pelotazo limpio. ¡Pim, pam, pum! Y nuestra victoria es completa. ¡Pim pam, pum! Pero vuelve el mozo, y empuja el resorte, y ya están en filas de nuevo, y ya las carazas se ríen, y los lobanillos incitan al golpe, y los dientes de a tercia relucen, y los vientres de trapo esperan orondos el golpe de la bola de estambre, para adoptar de nuevo la postura ridícula, cabeza abajo, patas al aire, e insultan con su risa y con su fealdad. Hay que acabar con ellos. Mozo, pelotas. ¡Pim, pam, pum! ¡Pim, pam, pum!

QUÉ fatigal

—He derribado la boda completa. Y tengo sed. Llegó la hora del espumoso embriagante.

—Lo malo es que la batalla ha disminuído mis caudales lastimosamente, ya que cada tiro cuesta cinco céntimos. Beberemos sidra.

—Te advierto que la sidra me abre un apetito feroz... y que no he cenado.

—¿Por qué no andarán los faisanes sueltos por las ferias?

—Si buscásemos a tu compañero...

—No me fío mucho de sus tesoros; pero busquémosle, si gustas.

—Allí viene.

—¡¡Solo!!

—Y con cara triste.

—¿Dónde has dejado, caballero infeliz, a la dama de tus pensamientos?

—Perdila en batalla campal con Yanquilandia. Un flaco mozo, recién llegado de San Francisco, a quien ella tuvo la imprudencia de hacer un guiño, propuso que jugásemos su amor a los azares de un bombardeo: rompimos el fuego; pero como él empezó a tirar con monedas de oro, duró poco el combate. Mi adorada, después de darme un beso, se colgó de su brazo, y por ahí andan haciendo apetito.

—¿Y va solo el galán?

—¿No os he dicho ¡ay de mí que va con ella?

—Quiero decir si no parece tener amigos.

—Cuatro he creído ver con él, flacos como él.

—¿Yanquis como él? Hasta la vista.

—¿Dónde vas, ángel mío?

—A buscar la cena, mi poeta.

—Así me abandonas, ingrata...

—Piensa que ayer me acosté sin cenar.

—Tiene razón.

—Yo te bendigo.

—Y yo te adoro.

—Pero te marchas.

—Para encontrar la fuerza de seguir adorándote. Prometo cenar para seis noches y venir a buscarte.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

—¿Quieres que te pague el aperitivo?

—No, no; el yanqui dará para todo. Hasta mañana.

—Hasta nunca.

—De prisa va la niña. ¿Suspiras?

—Vámonos.

—Sí; dentro de un momento apagarán las luces de la feria.

—Volvamos a París, al centro, al corazón de París.

—¿Tomamos el ómnibus?

—Más vale que vayamos andando por la orilla del río.

—Qué negra está el agua y qué honda.

—Y cómo hasta lo más hondo penetran los puñales de luz que caen de los faroles de los puentes.

—Tiemblan los reflejos.

—Y tiemblan las sombras de los edificios, que caen sobre el agua.

—¡Extraña fantasmagoría!

—Y hermosa: diríase que el río tiene una voz sutil.

—Con la que llama a los que se han de ahogar.

—No es bueno mirar al agua de los ríos cuando va negra. Mira al cielo.

—Cielo de verano, con su inacabable legión de estrellas... Bien relucen los siete diamantes del carro... Y la luna, que quiere ponerse. ¡La luna! Ahora recuerdo que, al entrar en la feria, suspirando le envié el alma; preciso es pedirle que me la devuelva para vivir mañana. Luna, señora Luna, ¿queréis volverme el alma que os presté? Mandádmela en un rayo; dejadla caer sobre los tejados del Louvre, sobre las frondas de las Tullerías, sobre la aguda aguja de Notre-Dame.

—No te oye.

—Señora Luna, os lo suplico.

—No te quiere oír. Mira con qué calma sigue su camino.

—Señora Luna, que soy poeta.

—Y ella es la Luna; por lo cual te guarda no pocos rencores.

—Señora Luna, que nunca os hice versos.

—Parece que se para sobre las torrecillas de la Conserjería.

—Señora Luna, que os amo más que a nada en el mundo... después del sol.

L A F E R I A D E N E U I L L Y

—¿Qué has dicho, imprudente? Ya vuelve a andar.

—Ya está sobre la Morgue. Señora Luna, por la luz que tendéis sobre los cementerios.

—Ya se inclina a poniente.

—Por el sudario en que envolvéis a las ciudades dormidas.

—Se inclina más.

—Porque sois blanca; porque sois fría; porque sois mujer.

—Se hundió. Hasta mañana.

—¿Y mi alma, mi alma que se va con ella?

—¡Para la falta que te haces! Buenas noches, respetable público.

FIN

—¿Qué has dicho, imprudente? Ya vuelve a andar.

—Ya está sobre la Morgue Señora Luisa, por la luz que tardéis sobre los cementerios.

—Ya se inclina a poniente.

—Por el sudario en que envolvéis a las cinderas dormidas.

—Se inclina más.

—Porque está blanco; porque está frío; porque está mujer.

—Se inclina. Hasta mañana.

—Y mi alma mi alma que se va con ellas.

—Para la falda que te hace! ¡Honor a los respetables públicos!

FIN

INDICE

INDICE

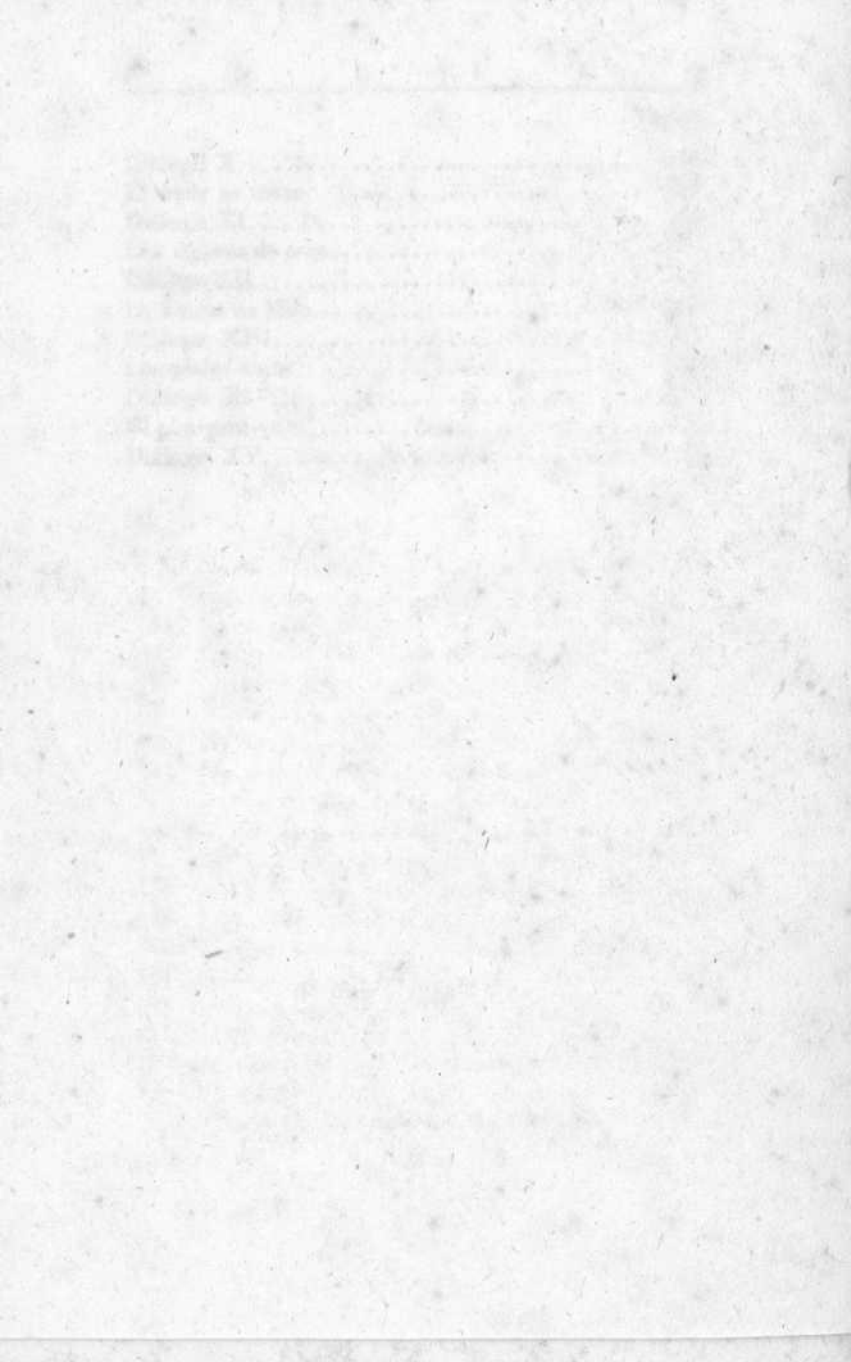
TEXTO

	<u>Páginas</u>
A SANTIAGO RUSIÑOL.....	9
Diálogo I.....	15
El antro de Corta-Cabezas.....	25
Diálogo II.....	31
Los caballitos.....	37
Diálogo III.....	43
Elogio del payaso.....	49
Diálogo IV.....	53
Las fieras.....	61
Diálogo V.....	69
Comedia de fantoques.....	75
La danza de la Muerte.....	117
Diálogo VI.....	123
Para la danza.....	129
Diálogo VII.....	133
El Jiu-Tsiu.....	137
Diálogo VIII.....	143
Balada de la barraca triste.....	149
Diálogo IX.....	155
Contienda del columpio y la montaña rusa.....	161

	<u>Páginas</u>
Diálogo X.....	169
El amor se mece.....	173
Diálogo XI.....	181
Las figuras de cera.....	187
Diálogo XII.....	193
La Venus de Milo.....	199
Diálogo XIII.....	205
Los pieles-rojas.....	213
Diálogo XIV.....	219
El pim-pam-pum.....	227
Diálogo XV.....	229

Páginas

9
12
30
41
47
48
49
53
61
69
75
117
128
130
148
157
168
149
155
161





Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000326988



G. MARTÍNEZ
SIERDA



LA FERIA
DE NEUILLY



0. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9.

LA FAMILIA
DE NUESTROS

R

7911